

HERBERT MOROTE

LA VISITA DE BOLÍVAR

NOVELA HISTÓRICA

LIMA, PERÚ

Primera edición, abril 2018

© Herbert Morote
info@herbertmorote.com
www.herbertmorote.com

De esta edición
© DIVA PRODUCCIONES S.A.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N° 201804322

ISBN: 978-612-47684-0-8

Impreso en el Perú.

Diseño e impresión
Litho&Arte SAC
Jr. Iquique 026 - Breña

VERSIÓN TEATRAL

La versión teatral de esta obra se estrenó en abril de 2018 en el teatro Federico García Lorca, del Centro Español del Perú. La dirección estuvo a cargo de Ruth Escudero, con la participación de Mario Velásquez en el papel de Bolívar, Cristhian Esquivel como Monteagudo y Enrique Avilés como Lucero. La producción la realizó Pilar Ramos.

ÍNDICE

I.	LA VISITA DE BOLÍVAR	9
II.	ANEXO HISTÓRICO. ASESINOS Y SEMBLANZA DE BERNARDO MONTEAGUDO	93
III.	FUENTES HISTÓRICAS	105

LA VISITA DE BOLÍVAR

1

Jueves 27 de enero de 1825

No tardará en anochecer. Desde el balcón virreinal Lucero, mayordomo, cocinero, lavandero, mensajero, sirviente y confidente de Bernardo Monteagudo, observa con atención todo lo que pasa en la calle Santo Domingo. Su mirada llega hasta la Plazuela de Micheo, no hay ningún coche de punto en su parada. Los pocos peatones se dan prisa para encerrarse en sus casas. Una berlina particular pasa a trote ligero.

Aburrido de ver la soledad de la calle Lucero suspira. Quedó atrás esa Lima parrandera, vivaracha y frívola donde tanto señores como criados se divertían sin decoro y con vehemencia. Por falta de clientes están cerradas las casas de juego, también las de citas. Los restaurantes y salones de té languidecen. A los teatros van cuatro gatos. Se quedaron sin gente las salas de fiestas. Ya no se festejan bautizos, bodas ni cumpleaños. Por temor a los asaltos ni siquiera se va a velorios. Las procesiones religiosas se reducen a una vuelta dentro de la iglesia y con ello se acabaron las vivanderas, rifas, corridas de toros y peleas de gallos. La ciudad es un espectro de aquel bullicio virreinal de hacía pocos años. Muchas familias con dinero abandonaron el país o se escondieron en sus haciendas. La servidumbre sin trabajo y los negros, que no están seguros si han sido emancipados o no, pululan por la ciudad obligados delinquir para poder llevarse un pan a la boca. A todo esto se añaden las diarias tropelías de las engreídas tropas colombianas que, luego de la batalla de Ayacucho, están acantonadas en Lima y se creen dueños del Perú. Por todo eso no es extraño que la ocupación más interesante de los limeños sea salir temprano para enterarse de lo sucedido la

noche anterior. Lecheros y vendedores ambulantes informan con detalle e imaginación supuestos crímenes, violaciones y saqueos.

Esa mañana corrió el rumor que la familia Ribeiro Sosa defendió bien su casona. Aunque el hijo mayor y el mayordomo quedaron muy golpeados, los forajidos dejaron dos heridos y un cadáver. Un par de tiendas de la calle Botoneros fueron asaltadas inútilmente, sus propietarios las habían desocupado días antes. También decían que daban una jugosa recompensa al que dé razón sobre el paradero de los hermanos Landero desaparecidos hace una semana cuando regresaban del Callao. En Malambo habían ocurrido reyertas sangrientas, pero nadie sabía qué había pasado ni cuántos fueron los muertos. Con cierta indiferencia se comentó que habría sido una de esas peleas a los que nos tenían acostumbrado los zambos. Lucero suspira profundamente.

La sombra que sale debajo del balcón lo vuelve a la realidad. Es un hombre corpulento, cruza la calle y se detiene en la acera del frente dirigiendo su mirada hacia Lucero. No, no me puede ver a través de estas celosías, reflexiona sin convicción el sirviente. A pesar de estar en verano un escalofrío recorre su espalda. Con ligereza decide cambiar de asiento por uno más lejos. Su respiración se agita y el corazón le zapatea.

Lucero nunca mató, robó, ni violó a nadie, pero eso no le garantiza nada. En estos tiempos nadie puede sentirse seguro, ni criollos ni españoles ni cholos, menos un negro como él. Cómo ha cambiado mi vida, murmura una y otra vez, aunque no debo quejarme ya muchos negros quisieran tener un amo como el que tengo. Un consejero de Bolívar es intocable, ¿pero yo...?

Como solía suceder cada vez que su patrón le ordenaba comprar rosas rojas, la noche iba a ser larga. Lucero apostaría que la “tapada” que vendría sería la fiel amante María

Abascal. Pero no, quizá sería la señorita Julia Escandó o Serena Martínez o Esperanza Vélez Urquijo o doña Remedios la mujer de... La “tapada” se quitaría el mantón de seda que le cubría de la cabeza a los pies, y se quedaría con un escotado vestido de verano. ¡Quién como mi amo!

La cena está bien avanzada, a penas le de la orden no se demorará en terminarla. Don Bernardo sigue canturreando en la tina. Eso le gusta a Lucero no solo porque alegra la casa, sino porque sabe a ciencia cierta donde está su señor. Ahora son dos los “soplones” que escudriñan la casa. Deben haber más bajo el balcón, calcula Lucero retrocediendo su silla aún más. Un nuevo escalofrío le recorre el cuerpo.

Don Bernardo ha dejado de cantar, no demorará en vestirse. Abandonando sus pensamientos, Lucero deja el balcón y plumero en mano comienza a inspeccionar con cuidado si ha quedado alguna mota de polvo en el coqueto departamento. Da unas palmadas a los almohadones de los sofás para hacerlos más esponjosos, en especial los del cheslón que es el sitio preferido por su señor. Luego arregla las rosas del florero para darles más amplitud y pasa el plumero por los libros del estante. Siguiendo repetidas órdenes no toca el escritorio lleno de papeles y mapas. Se detiene frente al gran espejo, moja sus dedos con saliva y repasa las rayas de su pantalón negro. Sus zapatos de charol están relucientes. Impecable la camisa blanca con puños y derechita su corbata michi. El chaleco escocés no le aprieta demasiado. Luego de encender las velas va al comedor al que ya ha quitado tablas para reducir la mesa de ocho a dos comensales. Los cubiertos de plata están relucientes y bien colocados. La mantelería holandesa sin ninguna arruga. Las servilletas bien dobladas. Todo ha quedado perfecto. Pone cara de satisfacción y piensa con natural orgullo: eres bueno, Lucero, eres bueno.

Una potente voz que viene del dormitorio evapora su vanidad.

—¡Lucero! ¡Lucero! ¿Dónde carajo has puesto la perla negra?

—Está en su sitio, mi señor —responde Lucero alzando la voz todo lo que puede.

—¡No la encuentro, carajo!

Lucero sabe que esos carajos los dice su señor siempre que se avecina algo relevante. La dureza de su voz lo confirma. Hay que calmarle, por lo que con tono pausado como si no sintiera la urgencia le indica que busque en el cofre donde guarda sus perlas y medallas.

Un incómodo silencio se apodera del ambiente. Lucero sopesa ir a ayudar a su señor pero, conociendo lo orgulloso que es, en lugar de agradecer le enojaría ver patente su inutilidad. Mejor es esperar un poco.

Ante el barullo de abrir y cerrar de cajones, Lucero se atreve a decirle desde la sala:

—Señor, mire el cofre concha-perla debajo del espejo del tocador. ¿Ya lo vio?

—¿Dónde...? Ah..., ya lo encontré —farfulla Monteagudo—. Oye, ¿has terminado de arreglar todo? —añade cambiando de voz.

—Ya terminé todo, mi señor —responde orgulloso Lucero y, con un tono malicioso, agrega— todo ha quedado como a usted le gusta, romántico, íntimo, apasionado.

Bernardo Monteagudo sale de su dormitorio prendiendo la perla en el pañuelo del cuello.

—Eres un fresco, Lucero. No he pedido tu opinión, simplemente te he preguntado si todo está listo— le regaña en tono amistoso.

Con presteza Lucero le arregla la chaqueta para que no quede ninguna arruga en los hombros ni en la espalda y como arte de magia aparece en su mano un peine con el que alisa el ensortijado cabello de Don Bernardo.

—Todo está listo, señor, ya tengo el champán en el recipiente de agua fría, la cena está casi lista, la botella de Burdeos abierta y como usted habrá visto he cambiado la sábanas de su cama. He puesto las de seda, suaves, delicadas. Ahora todo depende de usted —dice Lucero mirando de reojo a Monteagudo a la vez que esboza una pícaro sonrisa.

—No te pases, no te pases, Lucero. No sé cómo te agunto. Oye, ¿no has perfumado el salón!

—Ay, eso sí se me olvidó mi amo, —responde Lucero golpeándose la frente con la palma de la mano.

—Ya te he dicho mil veces que no me llames amo —lo reprende con dureza Monteagudo—. ¿Has olvidado que estás emancipado?

Lucero asiente varias veces con la cabeza y con un aspersor de plata comienza a rociar la sala con una ligera fragancia de violeta. Mientras lo hace, se habla a sí mismo sabiendo que es escuchado: no se moleste mi amo, digo mi señor, eso es malo para su salud. La verdad, hace tiempo que no lo veo tan tenso. La “tapada” que nos va a visitar esta noche debe ser muy importante.

—Escucho lo que murmuras, mentecato —lo reprende Monteagudo— efectivamente, la dama que va venir es muy importante y además muy inteligente, muy inteligente. Un suspiro se escapa de su pecho.

Acabada la aspersión Lucero se acerca a Monteagudo y en tono moderado le dice:

—Como usted sabe, mi señor, yo serví a un personaje muy encumbrado y recuerdo que cuando sus amigos elogiaban la inteligencia de alguna dama querían decir que era fea.

—Pues estaban equivocados, lo uno no está reñido con lo otro —retruca con firmeza Monteagudo— justamente la dama que viene además de inteligente es preciosa, femenina, coqueta. Cuando te mira se te para el corazón.

Al ver el fuego que sale de la mirada de su señor, a Lucero se le escapa uy... uy... uy...

—¡Qué quieres decir con tu uy, uy, uy! —lo increpa Monteagudo.

Lucero hace como si estuviera arreglando unas revistas depositadas en la mesita junto al cheslón y responde: nada señor, solo que se le ve muy entusiasmado. Parece que esta dama es muy especial.

Levantando su vista al techo Monteagudo murmura: efectivamente es muy especial. La mejor...

Un comprensible silencio se apropia de la sala. Pasan largos segundos. Finalmente el sirviente no se resiste a comentar con picardía

—Uy... uy... uy... ya veo que tendremos una nohecita...

—Calla desgraciado —lo riñe fingidamente Monteagudo—. Por menos te puedo cortar la lengua, —añade mirándolo con simpatía.

En ese momento Lucero pone el dedo índice en sus labios en gesto de silencio y alarga su cabeza hacia la calle agudizando el oído. Finalmente concluye: ¡caballos!. Me parece que ha parado un coche en la puerta. Debe ser ella, señor.

Mirando su reloj y comprobando la hora con el reloj de péndulo del salón Monteagudo exclama:

—¡Increíble, encima es puntual! Esa virtud la habrá adquirido de su marido.

—¿El campanero de la catedral?

—¿No te hagas el gracioso, Lucero? ¡Su esposo es inglés! —le espeta Monteagudo.

Lucero se toma la cabeza con las dos manos y exclama: —¿Inglés?, ¿no será el médico inglés que cuidaba a San Martín?

—¡No me hagas preguntas, carajo!. Anda, dame rápido el libro de Góngora. Vamos, rápido, ese de tapa verde —le urge su señor— ¡Rápido, carajo! ¡El libro de Góngora!

Lucero corre al estante y revisa los libros que están a la vista y al no encontrar el de Góngora le sugiere uno de Quevedo.

—¡Carajo, Quevedo no le va ahora! —grita Monteagudo y de un salto se planta frente al librero desplazando a Lucero con un empujón—. Este es Góngora —dice aliviado, y con el libro abierto a la mitad se recuesta en el cheslón—. Anda, prepárate para abrir la puerta apenas toque. A las damas no hay que hacerlas esperar.

No bien acaba de hablar cuando se oyen recios golpes en la puerta. Lucero se acerca a su señor y cuchicheando le dice:

—¡Qué genio se gasta nuestra dama!, debe estar muy molesta.

Los golpes en la puerta se hacen más fuertes. Sorprendido, Monteagudo le susurra:

—¡Corre, abre la puerta, desgraciado!

La reacción de Lucero no se hace esperar y baja de tres en tres los escalones.

Luego todo pasa muy rápido. Unos pasos de botas suben la escalera. Desde su cheslón Monteagudo mira la puerta de la sala y se queda mudo al ver entrar al mismísimo Simón Bolívar elegantemente uniformado.

El Libertador da unos pasos en la sala y sin mirar a Monteagudo lanza una mirada rápida al entorno.

—¡Qué bonito departamento! —exclama, y sin más se quita el sombrero e intenta dárselo a Monteagudo que se ha puesto de pie.

No es la primera vez que Monteagudo ve a Bolívar tener gestos como este. Desde que aparece, el Libertador siempre hace o dice algo para mostrar su superioridad, su rango. Pero él, Bernardo Monteagudo, no es como los demás, él no es sirviente de Bolívar ni de nadie para recibir sombreros. Son incómodos y eternos segundos de suspenso. Bolívar con su mirada puesta en una vitrina sigue con el brazo extendido. Monteagudo sigue inmóvil. Lucero se santigua. Lo que parece cierto es que todos se dan cuenta de lo que está en juego. Finalmente, Monteagudo soluciona el impase:

—¡Qué esperas, Lucero, toma el sombrero! —Y dirigiéndose a Bolívar con forzada cortesía le dice—: mi general, ¡qué sorpresa!, es un placer tenerlo en casa. ¿A qué debo este honor?

Desembarazado del sombrero, Bolívar no responde. Sigue inspeccionando con indiscreción los muebles de la sala, las lámparas, los cuadros y ante cada objeto comenta:

—Qué bonito, excelente calidad, muy interesante. —Finalmente, mira a Monteagudo y le pregunta si vive con alguien.

—Vivo solo, mi general.

Con desparpajo Bolívar olfatea el ambiente.

—Qué aroma tan agradable. ¿Perfume de jazmín? ¿Violeta? —Sin esperar respuesta agrega—: estas rosas son hermosas, ¿a quién espera seducir esta noche, Monteagudo? —le pregunta con picardía en sus ojos.

—A nadie en especial, Excelencia.

El Libertador no pone atención a la respuesta, se da la vuelta y sigue inspeccionando la sala. Al ver un libro en el cheslón lo coge y comenta con desdén:

—¡Góngora! Góngora no me gusta nada.

—Sin embargo, hay quien cree que Góngora...

Monteagudo no termina su frase porque el Libertador se acerca casi a la cara y mirándole fijamente en los ojos le dice en brusco tono: —Francamente es artificioso y rebuscado. Un pedante que pretende deslumbrar con su cultura. En suma: un maldito arrogante. —Luego se da la vuelta y añade con evidente tono irónico—, me refiero a Góngora, por supuesto.

Mejor es no darme por aludido, piensa Monteagudo, pero tampoco puedo dejar pasar este gratuito agravio, por lo que aclara un par de veces su garganta y moviendo armoniosamente sus brazos declama:

“Si es que al bosquecillo vas,
mucho en la jornada pierdes,

verás sus álamos verdes,

¡y alcornoque* volverás! “

—Como ve, vuestra Excelencia, esta es una letrilla popular nada pedante. La escribió Góngora, por supuesto —agrega con sorna Monteagudo.

El Libertador hace como si no lo hubiera escuchado y dirige sus pasos hacia el escritorio. Luego sin el menor reparo hojea los papeles que están sobre el.

—Casualmente sobre letrillas y cuartillas quería hablarle —dice sin quitar la vista del escritorio.

—A sus órdenes, Excelencia, —responde Monteagudo conteniendo su nerviosismo. El tema lo inquieta, no hay día en que no aparezcan volantes a cada cual más jocoso o grosero insultando a Bolívar. La policía y los soplones han hecho algunas detenciones sin éxito y las cuartillas siguen saliendo. Se rumorea que la venganza de Bolívar va a costar muy caro al autor.

El general deja los papeles en el escritorio y se dirige con paso firme al comedor.

—Hombre, Monteagudo, veo que ya tiene la mesa puesta para su invitado, o... más bien invitada, seguramente. Mejor es que me vaya, creo que estoy molestando.

—Su Excelencia no puede molestar a nadie. La presencia del Libertador de América siempre es un honor. Pero, dígame, sobre qué letrillas y cuartillas desea hablarme. Debe ser muy importante, porque para haber dejado su reunión con el Ministro Unanue...

—No sabía que usted estaba tan al corriente de mi agenda —le contesta Bolívar algo indignado.

* Alcornoque es un árbol cuya corteza da el corcho. También se dice alcornoque a una persona de escasa inteligencia y ruda.

—Los que están al corriente de todo lo que hago son los alguaciles y los soplones —comenta Monteagudo señalando la calle con un gesto de cabeza.

En un cambio radical de tono y actitud, Bolívar se acerca a Monteagudo y, poniéndole las manos sobre sus hombros le dice con inequívoca confianza:

—La verdad, amigo mío, en esta ciudad no hay secretos, Lima es una olla de grillos. Pero dígame..., si puede, claro está, ¿a quién espera? Si desea me retiro, no quisiera estropear su velada.

A todo esto Lucero sigue a cierta distancia la conversación y, aunque hace esfuerzos para mantenerse al margen de lo que oye, los gestos de su cara asintiendo o negando lo traicionan constantemente. En este momento se siente aliviado al escuchar que Monteagudo responde:

—Mi general, no espero a nadie, lo que sucede es que en Lima siempre hay que estar preparado para visitas inesperadas.

Decidido a resolver el enigma Bolívar le pregunta:

—¿No será la esposa de ese coronel? Vamos, Monteagudo, no se haga el santo. Todo el mundo lo sabe.

—Esas son habladurías malévolas.

El curso amigable que ha tomado la conversación le permite al Libertador compartir una queja:

—Dígame eso a mí que me han endilgado amantes en todas partes. Creo que no queda mujer en Lima, qué digo en Lima, en el Perú, con la que no me hayan acostado.

Aliviado por la confidencia de Bolívar y sabiendo lo que a él le gusta oír, Monteagudo cree que debe alabarlo.

—Quizá se deba a que su fama de amante está a la altura de su gloria de Libertador.

Efectivamente, —el general infla el pecho—. Bueno, no puedo negar mi éxito con las mujeres, pero tengo que confesarle que últimamente estoy muy interesado en una dama que además de ser inteligente es bella. Usted la conoce bien.

Al oír esas palabras Lucero se atora. Le falta la respiración. Finalmente tose y puede recuperar el aliento. Bolívar volteo la cabeza y lo mira con extrañeza.

—¿Qué le pasa a éste? —y señalándolo con su índice agrega— no sé dónde he visto a este negro. No sé dónde, a ver, a ver...

A fin de librar a Lucero de un posible problema, Monteagudo le explica al general que su sirviente está mal de la garganta y, con el brazo enseña a Lucero la puerta que da a la cocina.

—Vete a hacer tus cosas. Desaparece hasta que te llame.

—Sí, mi amo.

El trato de amo, piensa inmediatamente Monteagudo, es la ocasión para hacer un pequeño ajuste de cuentas con Bolívar sobre la esclavitud.

—Ya te dije que no soy tu amo, San Martín te hizo libre.

El Libertador frunce el ceño y espeta a cara de su anfitrión:

—No sea modesto, Monteagudo. ¡Fue usted el que redactó el decreto que nadie obedeció! ¡Sí, nadie obedeció ni a San Martín ni a usted!

Las cartas están sobre la mesa. Monteagudo sabe que podría recordar al Libertador el decreto de San Martín por el cual todos los que nacieran en el Perú después del 28 de julio de 1821 serían libres. También lo serían todos los negros y negras que se unieran al Ejército Libertador o trabajaran en su avituallamiento. Además creó un fondo para comprar a los dueños la emancipación de niños, mujeres y ancianos. Es más, el decreto de San Martín declaró emancipados a todos los negros cuyos amos hubieran abandonado el país. También podría decirle que esas disposiciones cayeron en saco roto cuando Bolívar se hizo con el gobierno del Perú y suspendió de hecho la emancipación automática de los negros vivos o por nacer. Ahora todo eran trabas: el negro que había luchado por la independencia del Perú solo podía emanciparse si demostraba que había realizado un acto

heroico o si había resultado mutilado en alguna batalla. En resumen: el decreto de San Martín no sirvió para mucho y la esclavitud siguió imperando en el Perú. Todo esto le revuelve la sangre a Monteagudo, pero su situación no le permite expresarse con franqueza. Al fin y al cabo ha regresado al Perú gracias a Bolívar.

—Está mal informado, Excelencia. El decreto del 17 de noviembre de 1821, fue obedecido y respetado por todos hasta que la camarilla limeña, mangoneada por Riva-Agüero, me expulsó del Perú mientras San Martín conferenciaba con usted en Guayaquil. Como usted sabe bien, general, apenas sale uno del gobierno el siguiente mandatario anula las leyes de su predecesor por más buenas que éstas sean para el país.

Nuevamente un incómodo silencio se apodera de la sala. El Libertador da unos pasos con las manos en la espalda. Monteagudo lo observa inquieto. Lucero cree que lo mejor es volver a toser.

—Todavía sigues ahí, ¿no te dije que te fueras? Vete, desaparece —lo reprende con dureza Monteagudo.

Sin alterarse Lucero responde inclinando humildemente su cabeza —antes de desaparecer, ¿no desean beber algo los señores?

—¡Qué falta de cortesía la mía! —exclama con sinceridad el anfitrión—. Discúlpeme, Excelencia, ¿le gustaría tomar algo?

—Ya tenemos puesto el champán a enfriar —propone sin reparo Lucero y añade— también hemos abierto una botella de....

—Ya está bien, Lucero —le corta la frase Monteagudo viendo que su sirviente estaba dispuesto a dar todos los detalles de la cena.

—Veo que usted ha preparado todo para una noche romántica, champán, rosas rojas, perfumes —comenta con sorna el Libertador—. Vamos, Monteagudo, ¿dígame el nombre de la dama que espera? Cuente con mi más hermético

silencio. Vamos, hombre, no se haga de rogar. Usted es mi asesor, entre nosotros no debe haber secretos.

El camino que se abre es peligroso, piensa Monteagudo. Es necesario cambiar de tema y sabiendo que la mejor defensa es el ataque responde:

—Yo no le puedo guardar secretos, Excelencia. Con toda seguridad los espías y soplones que tiene el gobierno por todas partes lo tienen bien informado.

—Pues fíjese, amigo mío —se sincera el Libertador— en cuestiones de mujeres los vigilantes son unos inútiles. La maldita costumbre de las limeñas de cubrirse la cara dejándose ver apenas un ojo hace imposible cualquier investigación. Parecen musulmanas. Nadie sabe quién es la mujer con la que uno se topa en la calle, puede ser su propia esposa. El ministro Unanue me ha sugerido promulgar un decreto prohibiendo las “tapadas” y creo que eso es lo que haré. ¿Cuál es su opinión, Monteagudo? Usted las conoce bien, dicen que recibe favores especiales de muchas de ellas.

—Más que favores, recibo reclamos, quejas, persecuciones, además de amenazas y cuando no insultos, —se queja amargamente Monteagudo—. No es fácil ser soltero en Lima, mi general.

La vuelta a una conversación en tono amistoso y coloquial alegría a Lucero que, con la excusa de esperar órdenes, sigue escuchando atentamente la conversación. Bolívar insiste en preguntarle a Monteagudo si debe o no prohibir las “tapadas”. Lucero se frota las manos cuando su señor responde:

—Eso sería su Waterloo, mi general. Ni se atreva a controlar la moda de las limeñas, piense que ellas han impuesto una costumbre que ya lleva un par de siglos porque les da libertad para hacer lo que les da la gana. Mire, Excelencia, si intentara descubrirlas por decreto, ellas acabarían con usted en menos de lo que canta un gallo.

—¿Usted cree eso?

—Estoy convencido. No se meta con las limeñas, Excelencia. Francamente, usted no necesita abrir nuevos frentes de batalla.

Dando unos pasos más por la sala Bolívar y se queda meditando un buen rato. Monteagudo y Lucero se miran intrigados. Finalmente el Libertador concluye su análisis diciendo:

— Lo pensaré. Sí, lo pensaré. Quizá tenga usted razón, me puedo meter en líos innecesarios y ni los cornudos de sus maridos me lo agradecerían.

—Efectivamente, deje usted a todos los cornudos en paz.

El Libertador hace un gesto de asentimiento, pero en ese instante hay un cambio violento en su expresión. Los músculos de su cara se han vuelto rígidos, una palidez enfermiza se apodera de su rostro. Con el ceño fruncido su mirada se ha hecho extraña. En un segundo parece que hubiera envejecido diez años. Saca un pañuelo y se seca el sudor que comienza a brotarle de su frente.

—¿Se siente bien, Excelencia? Quizá debería tomar asiento —sugiere Monteagudo muy preocupado—. ¿Desea que abramos las celosías del balcón?

—No es nada, no es nada —responde el Libertador con una forzada sonrisa—. Estos retortijones del estómago me vienen de vez en cuando. Son secuelas de una infección que por poco me entierra. ¿Me permite su baño, Monteagudo?

—Por supuesto, Excelencia. Por favor, acompáñeme —e inmediatamente se dirigen al dormitorio donde está el baño principal.

No bien Bolívar cierra la puerta, Monteagudo regresa de prisa a la sala y cogiendo del chaleco a Lucero con las dos manos acerca su boca al oído y en voz muy baja le pregunta si conoce la casa de doña Manuelita Sáenz. En realidad la cuestión es inútil, todo Lima sabe donde vive la amante oficial del Libertador.

—Claro, aquí cerquita —responde nervioso Lucero.

—Pues bien, corre y dile que no venga.

El sirviente no da crédito a lo que oye. Sus ojos se le abren de par en par y con un grito contenido dice:

—¿Doña Manuelita? La querida del... ¡Qué bárbaro es usted, mi amo! ¡Nos van a matar!

—Calla, calla. No es lo que tú te imaginas, desgraciado. Lárgate y regresa volando.

—¿Y qué le digo a los soplones?

—Nada, después veremos cómo nos las arreglamos. Espera, espera, mejor diles que llevas un mensaje del Libertador; nadie lo pondrá en duda. Ahora vuela.

Lucero baja corriendo las escaleras tarareando una canción muy conocida por los esclavos: “de la piel de este negrito van a hacer zapatitos blandos”.

Monteagudo va rápido al balcón para ver la suerte que corre Lucero. La noche ha caído pero distingue claramente el pelotón de caballería colombiana que custodia el coche del Libertador. Los jinetes han desmontado y se apelonan alrededor de Lucero, conversan y lo dejan ir. Lucero corre velozmente. Monteagudo respira aliviado y se queda mirando la calle. El número de soplones ha aumentado en la vereda de enfrente pero están algo más retirados. Pareciera que se sienten intimidados por el escuadrón de Bolívar. Nadie transita por la calle, ni siquiera pasan berlinas. Deben haber cerrado la calle, piensa. El tiempo que transcurre le parece eterno, le gustaría ver de vuelta a Lucero.

Al regresar a la sala, el Libertador mira que Monteagudo está en el balcón lo que aprovecha para ponerse frente al espejo y acomodarse bien el uniforme y sacar del bolsillo un par de papeles. Satisfecho, se aproxima a su anfitrión y le pregunta qué es lo que mira con tanta atención. Monteagudo tiene experiencia y capacidad para salir de peores situaciones por lo que con su habitual presteza contesta preguntando si

cree necesario venir escoltado con tanta caballería ahora que no quedan enemigos en el Perú.

—Es mi guardia personal —se justifica Bolívar con cierto orgullo— son muy fieles y no me dejan ir solo a ninguna parte.

—¿Acaso teme que alguien pueda atentar contra usted, Excelencia? —pregunta Monteagudo, sabiendo que incomoda su orgullo.

El Libertador suelta una falsa carcajada.

—¿Atentar contra mí? ¡Qué va!, todo el mundo me ama hasta la idolatría, pero mis colombianos insisten en servirme y no les puedo negar ese honor. —Y, preocupado por los espasmos estomacales que no lo dejan en paz, añade—: Oiga, ¿ha tenido alguna vez problemas de diarrea? Esta molestia la adquirí en los Andes, me la deben haber contagiado los malditos indios.

Sea porque está preocupado por la suerte de Lucero o porque comienza a cansarle la conversación del intruso, Monteagudo responde con algo de dureza:

—Disculpe, Excelencia, pero los indígenas no tienen problemas de estómago ni de micción, se mean hasta en vuestras leyes. Esa infección la debe haber cogido...

Bolívar, que también está comenzando a perder la paciencia, le entrega con brusquedad uno de los papeles que lleva en la mano.

—¿Usted que cree saber todo, me puede decir quién inunda Lima con estas cuartillas de mala muerte?

—Veamos —dice Monteagudo cogiendo el papel. Ajá, piensa, esa es la razón de la visita. Su olfato político le indica peligro por lo que toma su tiempo antes de responder.

—¿Y....? —lo apremia el Libertador.

Monteagudo necesita un minuto más para poner su mente en orden.

—Creo que está bien impreso, la tipografía es buena aunque el papel es de mala calidad.

—Vamos, hombre, no se haga —lo urge Bolívar.

Monteagudo mira nuevamente el papel, conoce bien el texto y se le escapa una sonrisa.

—¿Qué le hace tanta gracia, la mentira o el descaro? Vamos, léalo en voz alta —le ordena Bolívar muy molesto.

Con cierta sonrisa Monteagudo lee rápidamente:

“Dicen que el año veintiocho,
irse Bolívar promete,
cómo permitiera Dios
que se fuera el veintisiete”.

El Libertador está a punto de perder la paciencia y le lanza esta pregunta:

—¿Le causa risa los insultos o reconoce al que escribió esa estupidez?

—Sin duda el autor debe ser un hombre que cree en la justicia divina —comenta Monteagudo. Y al darse cuenta de que su frase empeora la situación se explica—: digo que su autor cree en Dios ya que lo invoca: “como permitiera Dios que se fuera el veintisiete”.

Bolívar frunce el cejo, no está seguro de la intención de la respuesta. En todo caso lo que piense este majadero no puede ser bueno, concluye.

—El jefe de la policía cree que el responsable de esta porquería es el cura Joaquín de Larriva, ¿lo conoce usted; Monteagudo?”

—De oídas, Excelencia. Como usted sabe yo no soy muy religioso que digamos.

Se me está escapando la presa, piensa Bolívar, por ahí no es el camino. Hay que cambiar la dirección.

—Estos curas son terribles. A este De Larriva tengo ganas de mandarlo a España o al paredón —afirma con aplomo el Libertador y molesto le da la espalda y se dirige al balcón.

Monteagudo se queda helado, sabe que el general no aguanta pulgas, menos de un asesor. ¿Qué estará pensado?,

se pregunta al ver que Bolívar se ha quedado estático frente a las celosías. Mejor será no molestarlo. En eso aparece Lucero en la puerta secándose la frente y con un movimiento de su índice le dice no. Monteagudo le inquiera levantando las cejas. No, confirma Lucero con los labios. Esta claro, no ha podido encontrar a Manuelita. ¡Por Dios, qué problema! El Libertador regresa rápido a la sala y plantándose frente a Monteagudo le espeta:

—Yo no creo que no sea el cura De Larriva. El autor debe ser un ambicioso muy suelto de pluma interesado en que me vaya del Perú. ¿Qué opina usted?

—Mi general, esa letrilla la pudo escribir cualquiera.

—Cualquiera no, solo uno que me odie, y como los peruanos me aman el que escribió esa basura tiene que ser un extranjero: español o chileno, o... Oiga, ¿usted es de Buenos Aires, verdad?

A lo largo de su larga carrera política Monteagudo había pasado situaciones muy difíciles pero no frente a un hombre tan peligroso como Bolívar que tenía la reputación de deshacerse de sus mejores colaboradores y hasta de sus mentores, como hizo con Francisco Miranda trece años antes en Venezuela a quien traicionó y entregó a los españoles. Eso no lo olvida el asesor.

—Nací en Tucumán, Excelencia —afirma muy inquieto Monteagudo.

—Ah, sí, claro, Tucumán, me gustaría conocer su tierra. Oiga ¿porqué se dice “más terco que una mula tucumana”?

Lo mejor es no caer en su juego, no debo perder las casillas, piensa Monteagudo y simplemente responde:

—No lo sé, Excelencia, nunca había oído ese dicho.

—¿Nunca? Qué raro, todos los argentinos lo dicen. Y hablando de argentinos supongo que usted mantiene buena amistad con los que trajo San Martín.

—Quedan muy pocos argentinos en el Perú, Excelencia.

—¿No cree usted Monteagudo que esta letrilla es obra de alguno de ellos que quiere desprestigiarme? ¿O acaso será parte de un complot contra mí?”

Monteagudo no sabe qué hacer para cambiar de tema por lo que decide enfrentar la situación con valor.

—Los argentinos nunca harían tal cosa Excelencia —afirma con tono ofendido—. Ellos darían la cara, no necesitan letrillas anónimas. Recuerde que hace poco el general Necochea, aquel que recibió seis sablazos en la batalla de Junín, al enterarse de que su ministro de Defensa lo sacó del ejército no sé sabe bien por qué, devolvió sus condecoraciones diciendo que del Perú solo quería llevarse las heridas. Estoy seguro que eso no escapó a su conocimiento, Excelencia.

Haciendo caso omiso a la respuesta de Monteagudo, el Libertador da otra vuelta de tuerca para no dejar escapar a su presa.

—Pues yo creo que el que escribe esas cuartillas es extranjero, y el que las imprime también. Usted que publica artículos en varios periódicos habrá visto que con tal de ganar unos dinerillos se imprime lo que sea sin importar que calumnien al gobierno.

—Hace tiempo que no paso por las imprentas, mi general. —Y viendo un resquicio para cambiar de tema se le ocurre decir—: en todo caso la ley está para proteger la libertad de imprenta, afirmó Mirabeau.

El Libertador da unos pasos hacia el cheslón murmurando algo. Luego coge nuevamente el libro de Góngora y levantándolo hacia Monteagudo le espeta:

—Góngora definitivamente no me gusta, es un poeta pedante, muchas veces críptico.

—Debería darle otra oportunidad, Excelencia, Góngora es muy interesante. Incursionar en su poesía es una aventura difícil pero gratificante porque uno sale rico en ideas y en lenguaje. Góngora nunca deja de sorprendernos—, y a fin

de dar por terminado el acoso, le pregunta si desea beber algo.

Bolívar no cae en el juego e insiste:

—Lo que deseo, amigo mío, es saber quién me calumnia con estos anónimos. Mire, aquí tengo otra infamia, léalo —le ordena entregándole un volante con furia contenida.

Monteagudo coge el papel lamentando que la pesadilla no haya acabado. Sin mucho ánimo y para sus adentros comienza a leer el texto.

—Amigo mío, léalo en voz alta, —lo conmina el Libertador.

—Con gusto, mi general —responde él y resignado recita con voz clara.

“Cuando de España las trabas
en Ayacucho rompimos,
otra cosa no hicimos
que cambiar mocos por babas”

Ahora es Lucero a quien se le escapa una risa, pero al ver mirada amenazante del Libertador la disimula tosiendo.

—No sé dónde he visto a este negro —se pregunta en voz alta Bolívar.

—¿Continúo, su Excelencia? —se apresura a decir Monteagudo para salvar la torpeza de su sirviente.

—Sí, por favor, pero repítalo todo. Y si no es mucha molestia más alto.

Con voz firme Monteagudo recita:

“Cuando de España las trabas
en Ayacucho rompimos,
otra cosa no hicimos
que cambiar mocos por babas
Nuestras provincias, esclavas
quedaron de otra nación.
Mudamos de condición,

pero sólo fue pasando
del poder de don Fernando
al poder de don Simón.”

Adelantándose a lo que pudiera decir Bolívar, Monteagudo afirma que esa letrilla la pudo escribir cualquiera del pueblo.

—No lo creo —responde tajantemente Bolívar— ya le dije que el pueblo me adora. Esto fue escrito por una persona educada. Mire, cuando la cuartilla dice “el poder de don Simón” todos saben que ese Simón soy yo, pero ¿cuántos peruanos saben quién es don Fernando? —Y volteándose hacia Lucero le dice— tú, ven aquí, ¿sabes quién es don Fernando?

Sorprendido, el negro no puede articular palabra alguna. Sin saber qué hacer dirige una mirada de socorro a su señor, pero Monteagudo no está para socorrer a nadie, necesita tiempo para poder acabar con el acoso.

—Ya oíste la pregunta, Lucero, vamos, di a su Excelencia si sabes quién es don Fernando.

—¿Don Fernando...? ¿Don Fernando...? Bueno, quizá se refiera a don Fernando VII, el Deseado, el rey de España — responde con timidez Lucero.

La voz atronadora de Bolívar no se hizo esperar:

—¿EL DESEADO REY DE ESPAÑA? ¿Quién te enseñó eso, carajo?

—Yo no, mi general—se disculpa anticipadamente Monteagudo. Hasta allí podían llegar las bromas de su sirviente.

El Libertador se lanza al cuello de Lucero gritando: —Dime, negro de mierda, ¿quién te enseñó que al rey de España le dicen “el Deseado”? Dímelo de una vez o hago que te fusilen ahora mismo por traidor.

—Así lo llamaban en casa de mi antiguo amo, el Marqués de Torre Tagle —balbucea Lucero; y queriendo aumentar veracidad agrega— mi antiguo amo era el Marqués de Torre Tagle, el primer Presidente Constitucional del Perú.

Dándole un empujón que casi lo hace caer de espaldas, Bolívar le suelta:

—¡Qué bestia eres! ¿No sabes idiota que tu antiguo amo es un traidor de mierda que se ha refugiado con españoles en la fortaleza del Callao? ¿Lo sabes o no? ¡Responde, carajo!, ¿lo sabes o no?

—Sí lo sé, mi general. Sólo que me expliqué mal porque ante su presencia todos nos ponemos nerviosos —y para demostrar su lealtad repite lo dicho por Bolívar—: eso de “el deseado rey de España” lo decía el traidor primer presidente constitucional de mierda que tuvo...

—Bien dicho, Lucero, bien dicho —lo interrumpe Monteagudo evitando que su sirviente complique más las cosas.

El Libertador, que no se ha repuesto del disgusto, mira fijamente a Lucero.

—Ah... ya sabía que te conocía de alguna parte, ¿así que Torre Tagle fue tu amo? ¿No serás espía, negro de mierda?

—¡Qué voy a ser espía, mi general Soy mayordomo profesional. Quizás usted no me recuerda pero yo lo serví muchas veces cuando usted frecuentaba el palacio del... del... sí, de ese traidor de mierda que fue el primer presidente const...”

Echándole un nuevo capotazo, Monteagudo lo interrumpe:

—Ya está bien, Lucero, ya está bien. —Y tratando de evitar más indiscreciones, se dirige a Bolívar—: Como ve, Excelencia, de una manera u otra a gente del pueblo sabe más de lo que uno cree. Esa cuartilla la pudo haber escrito cualquier persona. Por otro lado, mi general, no debería dar importancia a esos anónimos, nada puede empañar vuestra gloria.

—Creo que voy a utilizar nuevamente su baño. No, no me acompañe, ya conozco el camino —dice Bolívar y sin esperar respuesta entra rápidamente en la habitación de Monteagudo.

Aliviados tanto Lucero como su señor proceden a intercambiar rápidamente las noticias.

—¿Le diste el mensaje?

—Doña Manuela había salido. No sé si hice mal, pero dejé su recado.

—¿A quién se lo diste?

—A su marido, al inglés.

—¿Estaba allí? ¡Qué bestia eres!

—¿Cómo puede creerlo, mi señor? Era una broma. Se lo dejé al ama de llaves.

Sacudiéndolo del cuello, Monteagudo le espeta:

—Imbécil, no estoy para bromas. Apenas se vaya el general juro que te mato.

—No se preocupe, mi señor, el ama de llaves dice que encontrará a doña Manuelita esté donde esté.

Algo aliviado, Monteagudo respira hondo. Parece que la pesadilla ha pasado. Otra vez ha vuelto la normalidad a su casa ahora cree que es tiempo de contemporizar y halagar a Bolívar.

—Bien, Lucero, anda a preparar la cena, invitaré al general a que se quede.

El sirviente, que nunca pierde el humor, le pregunta si quiere que la amenice cantando las coplas que siempre pide.

—¡Cómo se te ocurre! ¡Claro que no!

—¿Y un zapateo para alegrar la cena?

—Nada, no cantes, ni zapatees, ni toques guitarra, ni nada. Tú solo sirve y cierra el pico toda la noche. Anda, vete a la cocina.

2

Bastante repuesto, Bolívar regresa a la sala acomodándose los pantalones.

—Espero que mis tripas me dejen tranquilo un buen rato. Lo dejo ahora, Monteagudo, quería hablarle de cosas más importantes pero será en otra ocasión, no quiero interrumpir su dulce espera.

Monteagudo no puede dejarlo ir, tiene que aprovechar esta oportunidad para restablecer el grado de confianza que antes tenía con el Libertador.

—Nada puede ser más importante que escucharlo, Excelencia. ¿Por qué no se queda a cenar? De paso yo aprovecharía para informarle sobre el estado en que se encuentra la organización del Congreso Panamericano y otros temas que me están dando vueltas en la cabeza hace tiempo.

—¡Ajá! —responde con malicia Bolívar— usted me guarda secretos, ¿eh?

Lucero, que está escuchando todo detrás de la puerta a la cocina, al oír la palabra secretos se le caen los platos de la mano con gran estrépito.

—Ese negro lo va llevar a la ruina, amigo mío —comenta el Libertador—. ¿En qué estábamos?

Monteagudo ha perdido en un segundo el hilo de la conversación.

—¿El Congreso Panamericano, quizás...?

También parece que la rotura de platos desconcentró a Bolívar.

—Hum... no sé... Bueno, cuénteme cómo va la organización. En ese Congreso se quedarán maravillados de mi pensamiento libertador y humanista. Espero que consiga que vayan todos los países que hemos invitado. Mire que le encomendé la organización a pesar de que mis generales desconfían de su lealtad.

Monteagudo sabe que los generales que trajo Bolívar no le tienen simpatía y están deseosos de expulsarlo del país. Siempre han desconfiado de su fidelidad y no entienden por qué Bolívar lo trajo al Perú. No dan importancia a las conexiones que él mantiene con líderes de otras naciones, virtudes de las que ninguno de sus generales puede presumir. Sin embargo, que Bolívar se haga eco de esas mentiras es algo que Monteagudo no puede permitir, y sin pensar mucho le suelta:

—Quizá vuestra Excelencia debió encargar el Congreso Panamericano a uno de los sabios generales que lo rodean, por ejemplo, al analfabeto general Lara que trajo de Venezuela.

La insolente respuesta sorprende a Bolívar.

—Lo encuentro muy sensible, Monteagudo. Si le he encargado el Congreso Panamericano a pesar de haber sido la mano derecha de San Martín fue porque, como recordará, doña Manuela Sáenz lo recomendó vehementemente.

Al oír eso, a Lucero, que sigue escuchando todo detrás de la puerta, se le para la respiración. Se pone rojo, levanta los brazos pero nada, finalmente tose un poco y luego más y más hasta que recupera la entrada de aire a sus pulmones.

—Oiga, creo que debería cambiar de mayordomo, ese negro debe ser espía —le dice Bolívar en voz baja.

—No, Excelencia, tengo confianza absoluta en su policía secreta. Si fuera espía ya lo hubieran descubierto —y levantando la voz ordena—: Lucero, tráenos algo de beber, ¿qué desea mi general?

Vestido ahora con una chaqueta blanca que trajo de su último trabajo, el sirviente entra en la sala y propone: tenemos...

Para evitar más metidas de pata de su sirviente, Monteagudo lo interrumpe y ofrece a Bolívar una copa champán.

– No, nada de alcohol, usted sabe...

–¿Un jugo o chicha morada, quizás? –sugiere Monteagudo.

Sin que nadie le diga nada, Lucero se lanza por su cuenta:

–Excelencia, a la chicha le pongo unas gotas de anisado y me sale igual a la que le servía siempre en el palacio del..., en el palacio del... del... traidor de mierda del primer presi...

–Calla, calla, Lucero –lo interrumpe Monteagudo al borde de la carcajada.

Bolívar sonríe:

–Sí, creo que una chicha morada como esas me caería bien. Gracias, Lucero. ¿Lucero es tu nombre verdad?

–Si amo, digo, sí Excelencia. Ahorita se la traigo. ¿Y para usted, mi señor?

–Para mí también la chicha morada y anda preparando la cena. Creo que el general nos acompañará, ¿es así Excelencia?

En ese momento Bolívar se siente a gusto, finalmente su estómago no lo molesta. La compañía de Monteagudo siempre le ha agradado y hasta las ocurrencias del negro ahora le hacen gracia. Veladas espontáneas como esta eran raras en la agitada vida del Libertador. Además tenía un asunto muy importante que tratar con él, pero eso a su debido tiempo.

–No quisiera incomodarlo, Monteagudo –responde Bolívar con cortesía pero sin convicción–. Guarde la cena para su invitada –agrega con manifiesta picardía.

–De ninguna manera, mi general. No espero a nadie.

–Quizá la damita se ha desanimado al ver a mi escolta en la puerta. Lo siento, Monteagudo.

–Por mí no se preocupe, Excelencia.

La susceptibilidad o paranoia de Bolívar le hace comentar con cierta indignación: –¿A no?, ¿entonces por quién debo preocuparme? ¿Por mí, acaso?

En ese momento se oye que algo que se ha roto en la cocina.

–Se lo dije, ese negro va acabar con su vajilla, Monteagudo. La verdad es que su nombramiento tuvo mucha oposición,

pero doña Manuelita, que es así como la llamo ahora, alabó tanto sus cualidades intelectuales como su profundo conocimiento de la situación internacional que me convenció.

La mención de la dama descoloca a Monteagudo. Piensa que su relación con Manuelita no debe llevar a nadie a sacar peligrosas conclusiones, menos a Bolívar. Hasta ahora no ha pasado nada, piensa. Hasta ahora.

—Doña Manuela Sáenz de Thorne es una gran patriota, Excelencia. San Martín le otorgó la condecoración máxima del Perú, la Orden del Sol —arguye el anfitrión.

—San Martín, San Martín, ese hombre no hizo nada. Usted era su ministro de Guerra, su ministro de Exteriores, su ministro de Gobierno, así que sin duda la condecoración de la Orden del Sol la otorgó usted.

A Monteagudo no le faltan argumentos:

—La ayuda de doña Manuela Sáenz al levantamiento de los patriotas peruanos es un hecho reconocido por todos, Excelencia.

—Eso es verdad, es una mujer muy singular. La admiro mucho y no me gustaría que se viera envuelta en la maledicencia de la gente. Usted sabe, la mujer del César...

Un incómodo silencio se apodera de la habitación. Lucero está paralizado detrás de la puerta. Monteagudo no intenta hablar, lo mejor es callarse. Finalmente, el Libertador le mira a los ojos escudriñando algún gesto que le delate y dice:

—Monteagudo, tengo entendido que usted la visita frecuentemente, ¿verdad?

Es obvio que Bolívar sabe más, por lo que Monteagudo tiene que poner la situación en la correcta perspectiva.

—Sí, mi general, es una amistad de muchos años. Su esposo, el doctor inglés James Thorne, se encargaba de los cuidados médicos del general San Martín.

—Otra vez San Martín, ¿no tiene usted otro tema? Hablábamos de doña Manuelita. —Insiste el Libertador sin salirse del reglón.

—Pues bien, desde el tiempo del general San Martín, establecimos una amistad basada en nuestro amor a la independencia, a la libertad.

Sin haberle quitado la mirada de sus ojos buscando algún indicio, Bolívar frunce las cejas.

—Libertad, ¿eh?

—Sí, mi general, somos amantes de la libertad. Como lo es usted, claro está. ¿Recuerda que en Guayaquil hablamos sobre la importancia de mantener la independencia en todo nuestro continente?, por ello creí que esa coincidencia de principios hizo que usted me encargara organizar el Congreso Panamericano en Panamá.

—Claro que lo recuerdo, Monteagudo, y también me acuerdo que después usted y doña Manuela vinieron juntos en barco a Lima.

Ahora es Lucero el que con su entrada en la sala cree romper un momento embarazoso para su señor.

—Ejem, ejem, Excelencia, aquí le traigo la mejor chicha morada del mundo.

Monteagudo no necesita ayuda, se basta él solo para explicar todo lo que sea necesario y dejar las cosas muy claras.

—Sírvenos, Lucero, y desaparece —Y, levantando el vaso brinda—: General, a vuestra salud y gloria.

—Salud, fiel amigo. Pero, ¿qué me decía sobre ese viaje?

Lucero se da cuenta que su señor sigue en problemas.

—¿Voy preparando la cena, señores?

Pero Monteagudo quiere que Lucero se esfume y dirigiéndose a Bolívar le dice:

—Cuando usted lo ordene usted, mi general.

—Todavía no, espere un poco. Vamos a acabar este asunto — responde con impaciencia el Libertador—, pero antes quíteme a este negro de aquí.

—Ya lo oíste, Lucero, ¡desaparece! Te avisaré para la cena. Ah..., y no rompas más cosas.

—Y no tosas ni te atores —agrega Bolívar.

Lucero se va murmurando lo suficientemente claro para que lo oigan.

—Ni tosas ni te atores. Felizmente no me prohíben respirar.

El Libertador espera que Lucero desaparezca de su vista para continuar.

—Sí, cuénteme lo del viaje.

—Recordará, Excelencia, que fue usted quien me ordenó que viajara de regreso al Perú con doña Manuela.

—Sí, claro, para que la orientase en sus lecturas.

Aliviado al constatar que el Libertador recordaba su orden, Monteagudo prosigue con voz segura.

—Y eso fue lo que hicimos, mi general. Durante la travesía leímos ensayos de Diderot, Rousseau, Voltaire, Montesquieu...

—¿Y les dio tiempo para leer todo eso?

Monteagudo encuentra que el comentario es de mal gusto pero cree que no debe darse por aludido.

—No, en el barco no pudimos leer todas las obras que hubiéramos deseado, por eso continuo ofreciéndole mi tutoría. El francés de Doña Manuela es excelente.

—No digamos su inglés. En eso su marido debe haber influido mucho. Ahora, como usted seguramente sabe, hacen vidas separadas.

—¿Ah... sí...? —comenta Monteagudo sin realmente saber lo que decía. Necesitaba nuevamente tiempo para ver la forma de desviar la espinosa conversación. Sabía que las dudas o sospechas que tenía el Libertador generalmente terminaban en hechos de sangre. Por otro lado su orgullo rechazaba sentirse intimidado. Había que arriesgar.

—¿Me permite una pregunta, Excelencia?

—Por supuesto, pregunte lo que quiera —responde muy seguro Bolívar.

Ya no había paso atrás. Sea, la suerte está echada, se dice Monteagudo y le suelta:

—Muy bien, mi general, entonces dígame, ¿le molesta que continúe tutorando las lecturas de doña Manuela? ¿No me diga que está celoso?

El general, que no se imaginaba que su asesor podía llegar a tanta osadía y no puede contenerse:

—¿Cómo se atreve, Monteagudo? ¿Yo...?, ¿celoso...? ¿De usted? Por favor, no me haga reír.

Monteagudo reconoce que llegó demasiado lejos con su estúpida pregunta. Es un suicidio que ni de lejos busca. Hay que recoger a toda prisa las velas.

—Claro, eso es lo que creo, Excelencia. Ningún mortal puede rivalizar con usted. Usted tiene todo lo que una mujer desea ver en un hombre: gloria, fortuna, fama, poder.

—Eso es verdad, Monteagudo, pero no se olvide también que, modestia aparte, soy apuesto, viril y fogoso.

Esta petulante respuesta alivia la tensión creada por mi idiota provocación, piensa Monteagudo, y prometiéndose ser más cuidadoso con sus palabras, comenta:

—Eso es verdad, Excelencia, no hay nadie que pueda competir con usted, menos un miserable como yo.

El Libertador quiere dejar las cosas claras:

—Mire, Monteagudo, yo no puedo estar celoso de nadie, ni de miserables ni de hombres de alta alcurnia. Si le pregunté sobre sus visitas a doña Manuela es porque estoy interesado en su formación intelectual. La futura compañera del Libertador tiene que estar a su erudita altura. ¿Qué es lo que están leyendo ahora?

—Ejem, ejem..., varios ensayos, Excelencia.

—Bien, ¿pero cuál en concreto?

Para Lucero es obvio que su señor está en apuros, por lo que sacando la cabeza por la puerta de la cocina pregunta si desean que vaya preparando la cena.

Muy molesto, Bolívar le dice a Monteagudo:

—La próxima vez que lo visite no quisiera ver a ese negro aquí.

—Espera, Lucero, ya te lo diré —y mirando cortésmente a Bolívar añade—: ¿o... ya desea cenar, Excelencia?

El Libertador consulta la hora con su reloj de bolsillo.

—No tengo mucho apetito, aunque sí quisiera comer algo ligero.

Esto es lo mío, piensa Lucero, y entra en la sala con su uniforme blanco de cocinero llevando el gorro que se le cubre hasta las orejas.

—Para comenzar tenemos corvina fresquísima “a la meunière”.

—¡Qué refinamiento! —exclama el Libertador—, ”a la meunière”. ¿La receta francesa?

—Esa misma, Excelencia, solo que la he mejorado poniéndole un poquito de ají.

—No, yo no como ají. Para mí nada picante.

—Es que sin ají, mi general, la comida no es igual. El primer presidente de mierda...

Monteagudo cree que su sirviente está llegando muy lejos, y lo interrumpe:

—No seas impertinente, Lucero. Ya has oído, no pongas ají en la comida.

—Muy bien, mis señores, corvina “a la meunière” sin ají. Luego tenemos...

—No, para mí nada más, con la corvina es suficiente —dice Bolívar haciendo un gesto con la mano.

Pero Lucero no se arredra y prosigue:

—Mi general, usted tiene que probar mi risotto con trufa blanca.

—¿Trufa blanca?, ¿de adónde has sacado trufa blanca?

Esta vez, Lucero sí es cuidadoso en no abrir la boca y levanta sus cejas mirando a Monteagudo.

—Me la trajo el cónsul de Francia, Excelencia —explica el anfitrión.

—Lo admiro, Monteagudo, tiene usted unos refinamientos exquisitos, es todo un epicúreo. —Y mirando al sirviente con

menos aprehensión le dice—: gracias, Lucero, pero no creo que podré con un segundo plato.

La respuesta no atemoriza al sirviente:

—Excelencia, yo le serviré un poquito de risotto, usted lo prueba y si no le gusta lo deja. El risotto es mi especialidad, ¿no es cierto, mi señor?

—La verdad es que a Lucero le sale muy bien el risotto, Excelencia. Debería probarlo.

—Sea, sírveme un poco de risotto, pero sin ají.

Sintiéndose en confianza Lucero declara:

—Claro, Excelencia, ¡cómo cree que al risotto...!

Una vez que Lucero entra en la cocina, Bolívar no puede dejar de preguntar:

—¿No tiene cocinera, Monteagudo?

—Ni cocinera, ni sirvientes. Mi sueldo no me lo permite, Excelencia.

La respuesta de su asesor no impresiona a Bolívar:

—Sin embargo, sí le permite comprar joyas para sus amantes, casimires ingleses para sus trajes, popelina francesa para sus camisas. Oiga, me han dicho que tiene prácticamente acaparado al mejor sastre de Lima.

Nuevamente Monteagudo tiene un motivo para quejarse:

—Su policía secreta es muy eficiente, mi general. Espero que también le haya contado las enormes deudas que tengo.

Bolívar no podía dejar escapar esa oportunidad para incomodar a su asesor. Conocía muy bien lo que Monteagudo había hecho como primer ministro de San Martín por lo que no tuvo reparo en decirle:

—Usted exagera, fiel amigo. Mi policía no es tan eficiente como la que usted creó en tiempos de San Martín, esa sí aterrorizó a toda Lima.

—Calumnias, Excelencia. Encontramos Lima en un caos total y nos vimos obligados a meter en cintura a la gente fuese quien fuese.

—Me alegra que estemos de acuerdo, amigo mío, este pueblo necesita mano dura —comenta Bolívar satisfecho de encontrar esa coincidencia.

—De acuerdo, mi general —confirma Monteagudo— pero esa dureza policial no se puede extender a un colaborador como yo. La verdad es que me siento agobiado con los espías que me han puesto.

—No se queje tanto de la vigilancia, fiel amigo. Piense que están para protegerlo.

—Yo no necesito protección, mi general —replica el asesor algo ofendido.

—¿Ah, no? —pregunta Bolívar regodeándose que ese tema había salido a flote—. Mire, Monteagudo, usted es una de las personas más odiadas del Perú. Dejando a un lado a los maridos engañados, que son varios, hay muchas personas que quieren eliminarlo. Le recomiendo que tome precauciones.

—Solamente los poderosos temen ser asesinados, yo ya no estoy en el gobierno, mi general. Usted, sí, Excelencia. —Al terminar la frase Monteagudo se muerde la lengua. Otra vez reconoce su estúpida imprudencia.

Felizmente la respuesta del Libertador no fue todo lo violenta que podría haber sido:

—¿Qué insinúa, Monteagudo? Ya le he dicho que los peruanos me aman, mientras que usted no es la persona más querida del país. Claro que nunca creí las razones que dieron para deportarlo. Me dijeron que una de las causas fueron por sus “costumbres libertinas”. Ja, ja, Monteagudo deportado por sus “costumbres libertinas”. Ja, ja, Dígame, ¿qué costumbres libertinas son esas?, amigo mío. Ja, ja. ¿las del Marqués de Sade? Ja, ja, ja—, se ríe el Libertador divirtiéndose a sus anchas,

Resignado, Monteagudo acepta su fracaso.

—Sí, ríase mi general, tiene usted toda la razón.

Efectivamente, lo jocoso del asunto y la incomodidad de su anfitrión alegra al Libertador.

—Disculpe, amigo mío, disculpe. Pero que al triple ministro de San Martín lo echen del país por su “costumbres libertinas” da risa.

El jolgorio del general es justificado, acepta Monteagudo, y viendo el asunto tres años después sí que es gracioso, admite el asesor.

—No fue solo por eso, Excelencia. ¿Leyó usted el documento de mi deportación? —E inmediatamente va su escritorio y extrae un dossier que muestra al Libertador—. Este es el documento original.

El general toma con presteza los papeles y comienza a leerlos en silencio y luego de unos segundos exclama:

—¡Qué gracioso!, ¡hasta lo tiene subrayado! “por sus costumbres libertinas”. Oiga, aquí dice más... —y leyendo pausadamente como si quisiera masticar cada palabra continúa— “por cruel, pérfido, inmoral, irreligioso, intrigante, insolente, opresor atrevido y díscolo”. Uff..., ja, ja, ja —oiga con esas prendas usted no merecía la deportación sino el cadalso, ja, ja, ja.

Bernardo Monteagudo se siente desarmado, impotente y a la vez herido ante la risa espontánea de Bolívar. Desea darle un puñetazo en la boca, pero son ilusiones por lo que se limita a comentar humildemente:

—Realmente no le veo mucha gracia, Excelencia. Esas acusaciones solo reflejaban la desfachatez de los golpistas. Felizmente los principales promotores de esa denuncia están ahora exiliados como Riva Agüero o muriéndose de escorbuto en la fortaleza del Real Felipe como Torre Tagle.

El Libertador advierte que por fin está apareciendo el verdadero Monteagudo.

—Qué vengativo es usted, amigo mío. Oiga, no será usted el que ha envenenado a mi ministro Sánchez Carrión, ¿sabe que se está muriendo en Lurín?

A Monteagudo le parece un golpe bajo esa acusación por lo que retoma la iniciativa para lanzar una estocada a fondo:

—Sí, he escuchado algo de eso, créame que lo siento mucho. Sé que Sánchez Carrión me considera su enemigo intelectual, pero la última vez que conversé con él coincidimos en algo. Ambos creemos que usted, que ya logró la libertad del Perú, debiera regresar a su patria.

Que su asesor piense que debe abandonar el Perú no le sorprende, los pasquines que inundan Lima se lo piden todos los días. Lo que realmente le asombra es que Monteagudo se atreva a decírselo en su cara. Nadie osaría tal arrojo por lo que para mantener una postura digna decide no darse por aludido.

—Si Sánchez Carrión dijo eso sería porque ya estaba muy enfermo. Pero no se vaya por las ramas, Monteagudo, usted es un experto en evadirse. Hablábamos de que los peruanos lo odian.

—Entonces, ¿porqué me retiene en el Perú, Excelencia? —le lanza Monteagudo sin pensarlo dos veces.

—Vamos, Monteagudo ¿su mente tan incisiva y perspicaz no lo ha adivinado todavía?

—Se dice que al tenerme como una especie de ministro sin cartera, usted amenaza a los posibles enemigos que quieran complotar en su contra. ¿Acaso soy una fiera amarrada que cuida de usted?, —pregunta el asesor fuera de sí.

Aunque la alegoría no le gustó, el Libertador apreciaba que sus colaboradores sepan lo que espera de ellos.

—Ha acertado, Monteagudo, mucha gente le teme y sabe que si le doy poder usted acabará con ellos como intentó hacerlo bajo San Martín. Tome el caso de los residentes españoles a quienes expropió todos sus bienes. Ellos no lo quieren ver ni en pintura, mientras que a mí me agradecen que les haya garantizado sus propiedades después de la batalla de Ayacucho.

—Esa generosidad con el enemigo, Excelencia, no es apreciada por los peruanos porque se sienten traicionados

al recordar que la riqueza de los españoles se debe a la explotación que hicieron del Perú.

—Pamplinas, Monteagudo, los que me critican no tienen una amplitud de espíritu que les permita vislumbrar un mundo en paz. Yo que he liberado estos países deseo ahora mantener buenas relaciones con las potencias mundiales, por ejemplo Inglaterra.

—¿A costa de entregarles las minas?

El Libertador frunce el ceño.

—Pero, ¿qué dice usted, es que se ha vuelto loco? Me cuesta creer que usted piense eso —comenta con enfado.

Detrás de la puerta a la cocina Lucero no puede perder un segundo para actuar y sacando la cabeza pregunta con gran naturalidad: —¿Ya sirvo, señor?

Con esa potente voz de mando que se hacía oír en las batallas, Bolívar le grita: —¡Espera, negro de mierda, ya te avisaremos! —y con tono displicente se dirige a Monteagudo—: usted me está preocupando realmente, amigo mío.

—¿Debo tomarlo como una amenaza, Excelencia?

—¡Qué va! Amenazas son las que le llegan a usted de todas partes. Además de los españoles y los maridos engañados, sus antiguos hermanos de la Logia Masónica lo quieren eliminar por delator; los chilenos por haber mandado fusilar a los hermanos Carrera, héroes de su independencia; los intelectuales peruanos porque ya no aguantan sus desplantes; la jerarquía de la Iglesia porque usted los puso en jaque. En fin, no hay sector de la sociedad que no desee acabar con usted.

—Perdone, mi general, ¿cuándo dice sociedad se refiere usted a la camarilla limeña?

Bolívar está contento. Ha encontrado una veta.

—Llámela como quiera, el caso es que hay muchos peruanos importantes que no le han perdonado, por ejemplo, que intentase despojarlos de sus propiedades, en especial de sus esclavos.

Monteagudo se siente más cómodo con ese tema y cree que la mejor defensa es el ataque:

—Ellos sí tienen razón. San Martín decretó la emancipación de esclavos que usted ha pasado por alto.

Sin embargo el Libertador también tiene buenas cartas en la mano, así que con cierta familiaridad replica:

—Estimado amigo, seamos por una vez sinceros, San Martín no decretó nada, él se limitó a firmar el decreto que usted redactó. Pero mire, yo fui mucho más práctico porque en vez de enemistarme con los propietarios de esclavos, firmé un decreto regulando su posesión y exigiendo un trato humanitario. Eso, querido amigo, es el reflejo de mi bondad y simpatía por los negros.

—Como autorizar a los amos a flagelarlos hasta con doce latigazos —comenta Monteagudo con una falsa sonrisa.

Antes de contestar Bolívar da unos pasos hacia el espejo pensando que el comentario de Monteagudo ha sido una buena maniobra. No hay duda que este bribón es inteligente. Así que con cierta condescendencia le explica que es importante mantener un mínimo de disciplina en el pueblo, y que en la armada inglesa esos doce latigazos se le dan a un marinero que haya robado poca cosa.

—Es verdad, los ingleses son muy humanitarios. Los árabes les cortarían las manos —replica Monteagudo con cierta sorna.

La respuesta le confirmó a Bolívar que entre sus colaboradores su asesor tenía un ingenio poco usual y, aunque esa independencia le produjera malestar había que hacerlo recapacitar con tino por lo que acercándose a Monteagudo le dice en tono paternalista:

—Amigo Monteagudo, usted vive en un mundo de utopías, no sabe lo que es tratar con esclavos.

Pero el asesor no puede contener su ímpetu y le lanza un dardo al pecho:

—En eso tiene razón, Excelencia, nunca he tenido esclavos como usted. En un momento usted tuvo dos mil, ¿verdad?”

—Fue una herencia familiar, Monteagudo. Pero no se olvide de que ya les he otorgado la libertad —responde Bolívar tratando de contener su carácter.

Monteagudo sabe que ha tocado un punto débil e insiste:

—Sí, lo sé, pero eso sucedió hace poco. Mucho después de su famosa carta de Jamaica.

—Parece que me está estudiando —contesta con ironía el general—. ¿No estará escribiendo mi biografía, eh? Pues tome nota que fui uno de los primeros venezolanos que intentó liberar a sus esclavos, lo que sucedió fue que los negros se negaron porque me amaban. No, no ponga esa cara de incrédulo, Monteagudo, eso es verdad. Al final, y pasados unos años, tuve que forzarlos a emanciparse.

Sin medir el alcance de su insolencia Monteagudo le replica con ironía:

—Su magnanimidad pasará a la historia, Excelencia.

El general decide pasar por alto el insidioso tono de su asesor porque de otra manera lo mandaría a la mierda antes de deportarlo, por lo menos. Así que decide comentar como si respondiese a una justificada alabanza:

—Creo que tiene usted razón, no faltarán historiadores honestos que resalten mis virtudes a fin de que sirvan de modelo a futuros gobernantes. ¿No lo cree así, Monteagudo?

—Sin duda lo elogiarán mucho aquellos historiadores que deseen complacer a las autoridades. Le aseguro que esos historiadores serán la mayoría, sino todos.

—¿Ahora predice el futuro?, ¿se ha vuelto adivino? —pregunta Bolívar contento de que el turno de la ironía haya regresado a su lado.

Antes de responder, Monteagudo toma su tiempo, sabe que se ha metido en un terreno movedizo pero no se resiste a decirle:

—No se necesita ser adivino para afirmar que los historiadores escriben lo que los gobiernos quieren.

Ya estoy harto de este juego, habrá que pararle los pies a este majadero, piensa Bolívar. Parece que no respeta mi autoridad, tendré que hacerle ver lo que arriesga.

—Cada vez me preocupa usted más, Monteagudo —le dice sopesando cada una de sus palabras.

Pero el asesor no se resiste en replicar:

—Si usted me permite, Excelencia, creo que yo podría decir lo mismo de usted.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que le preocupa de mí? —le pregunta Bolívar en tono amenazante.

Apresurado, Lucero decide romper el peligroso enroque en que se ha metido su señor y sacando la cabeza desde la puerta de la cocina pregunta con voz muy clara:

—Señores, ¿no quisieran un piqueo antes? Les puedo preparar algo criollo, unas yuquitas fritas con “mousse de fromage al huacatay”.

La interrupción de Lucero hace que, efectivamente, Monteagudo se de cuenta de que su insolencia le ha hecho arriesgar innecesariamente el cuello.

—¿Le gustaría un piqueo, Excelencia?

—Lo que me gustaría realmente, Monteagudo, es que usted calle a ese negro de mierda porque si no lo silencio yo para siempre.

—Disculpe, general. Me encargaré de él —y amenazante Monteagudo va en pos de Lucero.

—No, no se moleste, señor mío. Le prometo que no vuelvo a abrir la boca, pero después no se queje de que no los atiendo, ¿eh?

—¡Entra en la cocina, carajo! —y sin el mayor reparo Monteagudo persigue a Lucero hasta dentro de la cocina. En el salón se queda Bolívar tratando de comprender los cuchicheos que intercambian ambos. No hay duda que

discuten. Finalmente, regresa Monteagudo esbozando una sonrisa.

—Disculpe las molestias, Excelencia, Lucero ya no nos molestará, pero créame que es un buen hombre, y cocina riquísimo.

—¿Hace bien las yucas fritas? —pregunta con ojos vivaces el Libertador.

—Las hace de maravilla, mi general.

—Me gustaría probarlas. ¿Sabe usted Monteagudo?, las yucas son mi debilidad.

—¡Lucero! —grita Monteagudo, sin obtener respuesta—. ¡Lucero! ¡Lucero! —insiste Monteagudo sin obtener respuesta—. ¡Lucero, carajo!

Finalmente, Lucero entra mirando al suelo.

— ¡Por qué te demoras!, ¿estás sordo? —lo reprende Monteagudo.

—No, mi señor —responde en voz baja el sirviente— Lo que pasa es que me van a volver loco, que me vaya, que desaparezca, que aparezca, que me esfume, que regrese, que no tosa, que...

—Cállate, Lucero, ya está bien —sonríe Monteagudo— Escucha, ve a preparar unas yucas fritas.

—¿Avec la mousse de fromage al huacatay?

—Lo que hay que escuchar estos días, “fromage al huacatay” —comenta Bolívar riéndose— ¿Eso también te lo enseñó Torre Tagle?

—Non, Monsieur, sa femme, la marquise.

—Esos marqueses eran..., cómo dicen por aquí unos huachafos —sentencia el Libertador— Bueno tráeme esas yucas fritas con queso y huacatay, pero que no pique. ¿Entendiste?

—Oui, Monsieur, tout de suite —responde Lucero muy contento y regresa rápido a la cocina.

—Este Lucero es todo un personaje, ¿no me diga que también habla francés? —pregunta Bolívar realmente intrigado.

—No. No habla francés, solo sabe algunas frases sueltas que aprendió con sus amos. Eso sí, las emplea con acierto y gracia.

Bolívar se seca el sudor de su frente y se queda unos segundos mirando al techo.

—Interesante..., interesante... ¿En qué nos habíamos quedado, Monteagudo?

—Ya no recuerdo, mi general. ¿algo sobre las yucas fritas?

—No, hombre, antes de eso... Ah., sí..., decía usted que estaba preocupado por mí. Pues bien, dígame ¿qué es lo que le inquieta de mi persona?

El receso en la controversia con Bolívar ocasionado por la interrupción de Lucero y sus yucas fritas, había hecho que Monteagudo recapacitase sobre sus palabras. No había duda de que se había excedido innecesaria y peligrosamente. ¿Cuándo aprenderás, Bernardo a controlar tu carácter?, se preguntó Monteagudo. Y, sin renunciar a sus ideas, buscó un tema que no fuese tan polémico como el de sugerir a Bolívar que regresase a Colombia.

—Mi general, como usted sabe yo estoy convencido de la urgencia de convocar un Congreso Panamericano. En esto tiene usted no solo mi apoyo sino mi total entrega. Los nuevos países americanos necesitan estar unidos para afrontar juntos los retos del futuro, pero, ¡qué le voy a contar a usted sobre eso, si vuestra Excelencia es el profeta de esa idea!

—No diría profeta, pero sí el creador de la idea de una Unión Panamericana, —responde Bolívar con un aire de suficiencia.

—Sí, creador de la Unión Panamericana, quizá junto con su paisano Francisco Miranda, quien tuvo esa idea antes.

—No, Miranda lo que tuvo es una visión borrosa, yo la tengo tan clara como el sol de mediodía. —Comenta muy serio el Libertador para no conceder la menor duda a su autoría.

—En efecto, usted es el que ha hecho trascender la idea de la Unión Panamericana. Por eso me preocupa, Excelencia,

que los países teman que usted quiera extender su papel hegemónico a toda América. No olvide de que se están estableciendo repúblicas con alta aspiración democrática, y recelan de los intentos imperialistas como el que quiso implantar el emperador Iturbide en México, o el que actualmente existe en Brasil con el rey Pedro I.

—Efectivamente, hay que estar alerta a intentos monárquicos y destruirlos desde sus raíces. En eso usted y San Martín se equivocaron garrafalmente. Ustedes propusieron traer un rey para el Perú. ¡Qué falta de visión! ¡Una monarquía para el Perú! Ja, ja.

—Sí, nos equivocamos —responde Monteagudo en tono pausado— no supimos explicar que lo que pretendíamos era establecer una monarquía constitucional, donde hubiera un rey que reinase pero que no gobernara. Una monarquía constitucional que sirviese como paso intermedio entre la Colonia que fuimos y un estado democrático como es hoy Estados Unidos. Es decir, al comienzo tendríamos un rey con ciertos poderes y después de unos pocos años, cuando el Perú hubiese aprendido a vivir democráticamente, el poder pasaría al parlamento.

—Qué error y horror histórico, ¡un rey para el Perú! Ja, ja, ja, —se ríe forzosamente Bolívar.

—Ha venido de muy buen humor, Excelencia. La verdad es que no supimos vender la idea y fracasamos —acepta con humildad Monteagudo—. Por eso mismo no deseo que usted también fracase, mi general. Hay que lograr que del Congreso Panamericano salga una unión libre de países democráticos y que no sea una maniobra para elegir una especie de emperador lleve el título que lleve.

—Creo, amigo mío, que San Martín le contagió su adicción a la morfina. Está usted desvariando. Para su tranquilidad le diré que he escrito una nueva constitución que haré aprobar en el Congreso y que enviaré a todos los países para que la

admiren e imiten. Sí, sí, no crea que me da vergüenza decirlo: que admiren la que será conocida como la Constitución Bolivariana.

Monteagudo hubiera querido evitar este tema. Tenía varias razones para ello, pero la Constitución Bolivariana era una perita en dulce que no podría dejar de morder.

—Eso es precisamente lo que me preocupa. Una vez que los otros países conozcan sus intenciones no querrán ir al Congreso Panamericano.

—¿Y qué sabe usted de mis intenciones? ¿Acaso ha tenido acceso al documento que he preparado? ¿Ha leído mi Constitución Bolivariana?

Monteagudo no puede responder a ello y se queda inmóvil, ni el menor gesto o parpadeo acusa su rostro.

—Dígame, Monteagudo, ¿ha leído mi constitución?

Don Bernardo Monteagudo sabe que no sabe mentir bien, por lo que prefiere decir la verdad.

—Temo que sí, mi general. Efectivamente, le he dado una leída. Lo siento, pero como usted bien dice en el Perú no hay secretos.

Lucero, que sigue escuchando detrás de la puerta de la cocina, se persigna y coge el escapulario del Señor de los Milagros que lleva al cuello.

—¿Pero cómo ha conseguido leerla? Yo solo he dado copias a... hum..., hum..., en fin, no importa. Dígame, ¿qué le ha parecido?

—Creo que pone en riesgo la participación al Congreso Panamericano de países importantes como Argentina y Chile y es eso lo que me preocupa —admite con sinceridad Monteagudo—. ¿Me permite ser franco con usted, Excelencia?

—No solo se lo permito, se lo ordeno.

Al oír eso Lucero sin querer pierde el pie y abre la puerta de la cocina diciendo ¿quieren algo los señores?

—¡Qué te pasa negro de mierda! —le grita el Libertador.

Sin saber qué decir a Lucero no se le ocurre otra cosa que proponer si también quieren que prepare papas a la huancaína.

—¡No...! ¡Largo de aquí! —le espeta Bolívar y dirigiéndose a Monteagudo le dice—: bueno, ¿qué le parece mi constitución bolivariana?

Monteagudo sabe que lo que podía responder iba ser peligroso y en un intento poco probable de tener éxito, pero intento al fin, desea desviar la respuesta.

—Antes que nada, mi general, piense que mi intención es que logre usted la mayor asistencia al Congreso Panamericano que ha convocado.

—Déjese de intenciones, Monteagudo, y dígame ¿qué opina de mi Constitución Bolivariana?

La suerte estaba echada, Monteagudo no tenía otra alternativa que decir lo que pensaba. En el fondo quizá eso era lo que estaba esperando.

—Creo, Excelencia, que usted debería dejar el Perú y regresar a Colombia.

—¿Qué ha fumado, Monteagudo? ¿Está usted loco? ¿Regresar yo a Colombia?

—Sí, mi general. Yo lo acompañaré a Colombia y de allí organizaremos el Congreso Panamericano, que le aseguro será todo un éxito.

—Al diablo con el Congreso Panamericano, Monteagudo. Lo importante es mi Constitución Bolivariana. ¿Todavía no me ha dado su opinión? —le exige Bolívar en un tono de premura que indicaba que estaba harto de rodeos.

—Usted conoce, mi general, que soy un hombre muy sincero,

—Déjese de evasivas, Monteagudo. Estoy esperando su respuesta.

Ante el apremio de Bolívar, Monteagudo piensa que no le queda otra alternativa que tomar al toro por lo cuernos.

—Pues bien, creo que no engañará a los peruanos con esa constitución y pondrá en riesgo su mandato. Lo mejor es que regrese a su país ahora que goza de una gran popularidad y que, según usted, la gente lo ama hasta la idolatría. No entiendo por qué quiere poner en riesgo su gloria. ¿Cree usted que los peruanos no se darán cuenta de que su propuesta de un Presidente Vitalicio es igual a tener un rey?, ese rey del que tanto se reía usted.

—Yo lo creía más inteligente, amigo. A estas alturas ya debía saber que un presidente no es un rey.

Monteagudo no se entretiene en defender su inteligencia y va directamente al asunto.

—Un presidente que se elige por un período no es un rey. Pero un presidente para toda la vida, es decir un presidente vitalicio es igual a un rey, y más en el caso de su Constitución Bolivariana donde el presidente vitalicio tiene el derecho a nombrar su sucesor. Es decir, que si se aprueba su constitución usted sería el primero de una dinastía. ¿Y qué diferencia tendría esa dinastía bolivariana de una dinastía monárquica? Esto me hace recordar la antigua adivinanza que decía: “tenía cola de león, boca de león, cuerpo de león pero no era un león. ¿Entonces qué era? ¡Pues era un león!”

Al Libertador no le faltan ganas de mandar al diablo a Monteagudo e irse. Sin embargo, le molesta que su asesor pudiese considerar que ha ganado la discusión. Además tenía otra noticia aún más importante. No, no podía irse.

—No me sorprende que haya ganado tantos enemigos, Monteagudo. Usted es uno de esos políticos que critican todo, pero que no hacen nada. Creo que nunca ha comprendido que estos países necesitan un hombre fuerte que los dirija por la senda del progreso. Ni el Perú ni ningún país de América está en condiciones de pasar de la Colonia a una democracia. Yo seré la mano firme que los guíe en el futuro.

—Estoy seguro de eso, Excelencia. Pero hágalo en su tierra, no en tierras ajenas. Vámonos, deje que los peruanos arreglen sus cosas entre ellos.

—¿Pero cómo se le ocurre eso, Monteagudo? ¿No se ha dado cuenta de que no hay líderes en esta tierra, y de que todos los indios son truchimanes, ladrones, embusteros, falsos y no tienen ningún principio moral que los guíe?

Ajá, piensa Monteagudo, ya salió el racismo poco disimulado de Bolívar.

—No, no me he dado cuenta de que los indios merezcan esos calificativos, Excelencia.

—¿Ah, no? Dígame con franqueza, Monteagudo, ¿qué proporción de sangre indígena lleva usted en las venas? —pregunta Bolívar y sin esperar respuesta añade—. Yo, felizmente, ni una gota de indio.

—A mucha honra le puedo decir que mi madre fue mestiza. Dicen que en América el que no tiene de inga tiene de mandinga.

—Pues yo no tengo nada de indio ni de negro —replica con orgullo Bolívar—. Claro, usted no lo sabrá distinguir, pero todos los artistas que me han pintado han sabido plasmar en sus cuadros mis facciones europeas.

Monteagudo ve que se abre una nueva oportunidad para poner al Libertador en su sitio:

—Es verdad, yo estoy negado para apreciar rasgos étnicos, sin embargo, creo haber visto en su residencia de Magdalena a un artista que lo pintaba con una tez oscura, y el cabello algo encrespado que podría sugerir unos ancestros... no sé...

—Ah, sí, ese pintor estaba mal de la vista, tuve que echarlo de mi casa.

Bernardo Monteagudo y todo Lima sabían del incidente. El pintor que se atrevió a retratar al Libertador resaltando sus rasgos negros desapareció luego de ser expulsado por Bolívar.

—¿Y qué pasó con el cuadro?, Excelencia.

—No lo sé, alguien me dijo que lo quemaron —mintió sin convicción Bolívar, y, para cambiar el tema que incomoda su ego, le pregunta—. Oiga, Monteagudo, ¿no cree que ya estarán las yucas fritas?

Monteagudo tampoco está interesado en seguir incomodando al Libertador. Al contrario, cree que es el momento de hacer las paces.

—Enseguida, mi general. ¡Lucero! ¡Lucero!

Lucero entra vestido de negro con una impecable servilleta blanca en el brazo.

—¿Me ha llamado, señor? —pregunta con exquisita cortesía.

—¿Ya están listas las yucas fritas?

Con un tono de reproche, Lucero le dice que están hechas desde hace tiempo.

—Pues tráelas enseguida —ordena muy serio Monteagudo.

A fin de evitar mayores complicaciones, Lucero quiere que su señor le den instrucciones precisas, por eso le pregunta si desea que las sirva como piqueo en la sala o las sirve en la mesa.

—Como entrada, en la mesa, Lucero. —Y enseguida con cierto alivio se dirige a Bolívar— ¿Pasamos a la mesa, Excelencia?

—Sí, muchas gracias. Pero antes iré al baño, creo que es la chicha morada.

Apenas se va Bolívar, Lucero se acerca a Monteagudo y con temblorosa voz le susurra:

—Creo que nos estamos jugando la vida, mi amo, digo mi señor. Recapacite, nos estamos jugando la vida. Qué bocón es usted, ¿no se da cuenta que lo está provocando demasiado? ¡Qué bárbaro es usted! Nos va a mandar fusilar.

Monteagudo aprecia el consejo de su criado pero no puede mostrar nerviosismo.

—¿Quién te ha autorizado a escuchar detrás de la puerta?

—Nadie, pero usted sabe que siempre lo hago.

No era el momento para hacer concesiones, Monteagudo sabe que se ha excedido estúpidamente con Bolívar, pero cree que su criado no debe ponerse nervioso y da por no oído su voluntaria prevención.

—Ya te arreglaré yo cuando se vaya el general. Anda, trae las yucas.

—Enseguida, mi señor. Pero nos van a fusilar por bocones —y moviendo con resignación la cabeza Lucero regresa a la cocina.

Desde la inesperada llegada de Bolívar, Monteagudo deseaba poner fuera del alcance del Libertador algunos papeles que estaban encima de su escritorio, por eso corre ahora hacia el mueble, da una rápida mirada a los documentos y pone alguno de ellos en la gaveta central en el mismo momento que regresa Bolívar al salón.

—Me gustaría saber lo que guarda con tanto celo, Monteagudo,

—Nada de lo que tenga que avergonzarme, Excelencia — responde él dándole vuelta a la llave del escritorio.

—¿Panfletos subversivos, acaso? —le pregunta levantado una ceja.

—Nunca guardaría tal cosa. Eso podría ser mal interpretado en cualquier registro de su policía, mi general. Me podrían acusar de alta traición.

—Es verdad, usted no correría esos riesgos. Bien, entonces creo que, como usted es un romántico empedernido, guarda con celo las cartitas de amor que le escriben. Debe tener muchas, Monteagudo, y de todo tipo: perfumadas, con huellas de labios, con flores secas, con dibujos eróticos, y una que otra carta manchada con salsa de cocina. ¿Verdad que sí, amigo mío?

Satisfecho con el buen ambiente que se ha creado luego de la tormentosa discusión, Monteagudo, no desea perder el hilo amable que toma la conversación.

—Usted sí que es un romántico perdido, mi general. Me imagino que su archivo amoroso ya no debe caber en sus estantes.

Bolívar responde con un pícaro asentimiento de cabeza, pero prefiere saber más sobre el hombre que tiene al frente y las amantes que le atribuyen.

—¿Por qué no me lee una de esas cartitas que guarda con celo? No, no tiene que decirme quién la firma. Vamos, Monteagudo, léame una cartita amorosa, pongamos un toque mundano a esta interesante velada.

Monteagudo no puede acceder a ese pedido. Hay ciertos principios de caballería que están para cumplirse sin lugar a dudas.

—Me daría vergüenza compartir con usted una carta amorosa, Excelencia.

—Una nada más, esa que le parezca la más vibrante, o... la más erótica. Vamos, Monteagudo, una nada más.

En ese momento Lucero cree que el momento de entrar.

—Aquí les traigo las yuquitas “frites avec la mousse de fromage al huacatay”. La pondré en el centro de la mesa. ¿Qué les sirvo para beber, señores?

—Para mí nada por ahora —y acercándose a la bandeja el general dice—: huelen riquísimo.

Monteagudo aprovecha ese instante de distracción y pide permiso al general para ir a lavarse las manos.

—Por supuesto, mi fiel amigo, vaya al baño. Ya comenzaba a imaginarme que usted no era normal —y viendo que Monteagudo se va de prisa ordena al sirviente— ¡Lucero, come una yuca con bastante crema!

Sorprendido Lucero replica con humildad: —Excelencia, eso es para ustedes, yo como en la cocina.

—Come una ahora, carajo. ¡Vamos, come! —ordena Bolívar en tono amenazante.

— Ah..., ya entiendo —acepta Lucero asintiendo con la cabeza—. Me comeré cuantas usted quiera, Excelencia. No

están envenenadas –y cogiendo una yuca la remoja bien en la crema y se la come con gusto–. No es por nada, mi general, pero están riquísimas. Pruébelas, están muy buenas.

Bolívar sonríe un poco y le dice en tono familiar

–Esperaré un poco, a ver si no estiras la pata –y dándole unas cariñosas palmaditas en la espalda le pregunta: –Dime, Lucero, ¿qué comida le gusta a doña Manuela Sáenz?

–¿A doña Manuela Sáenz? –pregunta genuinamente sorprendido el sirviente.

–Sí, a ella, no te hagas el tonto. Dime, ¿qué comida es la que más le gusta?

Esta vez Lucero no tenía porque mentir ni decir algo que comprometiera a su señor por lo que respondió con cierta malicia: –bueno, en el palacio del marqués de Torre Tagle, ese traidor de mierda que todos sabemos, a doña Manuela le gustaba comer corazones

–¿Corazones? –pregunta sorprendido el Libertador–, ¿qué clase de corazones, Lucero?

–Todo tipo de corazones, corazones de pollos tiernos, corazones de cordero maduritos. Pero los corazones que más le gustaban eran de toro. Sí, esos corazones adobados atravesados con cañitas que ponemos en parrillas de carbón. Los anticuchos, Excelencia.

El general no supo si lanzarle una patada al pícaro Lucero o disimular la fracasada intentona de enterarse de lo que realmente le importaba. Finalmente optó por lo segundo.

–Sí, a mí también me gustan los anticuchos pero sin ají. Bueno, lo que me cuentas era lo que la señora comía en el palacio de Torre Tagle, ¿y aquí qué le preparas, Lucero?

–¿Aquí?

–Sí, aquí. No te hagas el tonto, negro de mierda.

–Aquí nunca le he preparado nada, Excelencia.

–¿Ah, no? ¿Es que aquí no come nada, o solo bebe champán?

El regreso de Monteagudo evita que Lucero respondiese.

—¿Qué le parecen las yucas, Excelencia?

—Todavía no las he probado, estaba esperando a que usted viniese —responde Bolívar y luego de mirar a Lucero con firmeza come una yuca afirmando con gestos su buen sabor.

—Verdaderamente está muy buena. Me gustaría saber cuál es tu secreto, Lucero.

—¿Secreto? Que todo esté muy fresco, mi general. —Y para desembarazarse de la mirada del Libertador le pregunta le gustaría que sirva el vino y sin esperar a que respondiese cree conveniente describirlo para atraer su interés. —Es un Haut Brion de 1814, tinto de Burdeos, mi general, ya lo tenemos abierto y decantado.

—Sea, un Burdeos siempre cae bien.

Feliz con la noticia, Lucero se va presuroso a la cocina.

—Oiga, Monteagudo, para ser negro este hombre es una joya —comenta el Libertador, pensando que quizá es el mayordomo que necesita. Además ese hombre debe tener la información de muchas cosas que ocurren en Lima.

Satisfecho de que la tormenta verbal le da un respiro, Monteagudo le recuerda al Libertador que Lucero ha sido educado por los marqueses de Torre Tagle.

—Sí, pero estoy seguro de que aquí se siente más contento que con ellos. Trabajando para usted ¡las cosas que verá!

Monteagudo no tuvo necesidad de responder porque Lucero entra llevando al cuello su cadena de “sommelier” y en la mano en decantador de cristal.

—Creo que su Excelencia permitirá que yo lo pruebe, primero, ¿no es así, mi general?

—Eres bueno, Lucero. Adivinas lo que pienso.

Lucero se sirve en su escudilla de “sommelier”, lo huele y prueba. Luego de una pausa de reflexión comenta con soltura.

—En nariz su aroma está perfectamente abierto, tiene un bouquet floral incitante. En boca es untuoso, estructurado

y a la vez complejo con toques a fruta roja, mora quizá. También encuentro rastros de tabaco y mantequilla. Se nota su envejecimiento en barrica de roble francés. Aquí está el corcho que como se ve está perfecto. Que lo disfruten, caballeros –termina su disertación Lucero sirviendo en las copas de cristal de la mesa y sabiendo que sus palabras han impresionado hasta a su mismo señor. Acabada su actuación Lucero se retira muy orondo.

Ya sentados cómodamente en la mesa los dos hombres por razones diferentes se sienten satisfechos de haber restablecido el ambiente de cordialidad que algún día tuvieron. Con Monteagudo Bolívar se siente a salvo de las miradas obsequiosas pero hipócritas que les brindan muchos peruanos. Cree que su asesor sabe a lo que se atiene. Es un hombre honesto pero esquivo al que le gustaría atraer totalmente a su causa. Era fácil irritarlo, pero también es útil saber su opinión siempre ajena a exageradas alabazas.

Por otro lado Monteagudo aprecia más que nadie el genio militar del Libertador y su obstinación hasta sacrificar su salud con tal de obtener la independencia de España. ¡Cuánto le gustaría a Monteagudo poder hacer de Bolívar un verdadero demócrata en tiempos de paz!

Bolívar coge la copa y observa con atención el color mora del vino, luego con elegancia le da unas vueltas observando su lenta caída por los bordes de la copa.

–Estos burdeos son incomparables. Veamos su aroma. Efectivamente, frutas rojas. Lucero tiene razón. Por cierto, ¡qué demostración de “sommelier” nos ha hecho! Ni en París he visto algo igual.

–Es el resultado de una buena educación, Excelencia – comenta Monteagudo, y aprovechando el tema no se refrena para añadir: no hay razas que no pueden desarrollarse y triunfar si les proporcionamos buena educación. Lucero es un

buen mayordomo, pero si usted le hubiera enseñado el arte de la guerra quizá hubiera llegado a ser un magnífico general.

Esta vez el Libertador hace oídos sordos a la provocación de Monteagudo.

—Las yucas están riquísimas, pero dejaré las que quedan. Desearía probar los otros platos. Ahora hagamos un brindis: a su salud, Monteagudo, y larga vida.

Rendido ante la cortesía de Bolívar Monteagudo no tiene más remedio que responder: —A la suya, mi general, y que su gloria sea imperecedera.

—Lo será, amigo mío, lo será. Realmente este vino es excelente, lo felicito, Monteagudo. Creo que comenzaré a cultivar la amistad del cónsul de Francia.

Más relajado, Monteagudo le cuenta que el cónsul francés está desde hace tiempo interesado en tener una buena relación con Bolívar, y que le guarda gran admiración.

—Admiración sí, pero nada más. Los franceses están celosos de mi amistad con Inglaterra. Creen que los favorezco en el asunto de la minas, pero ¿qué le parece si dejamos la política por el momento y nos dedicamos a terminar el vino y lo que nos haya preparado Lucero?

La sugerencia no podía ser más oportuna. La verdad es que Monteagudo también quiere un momento de solaz, y qué mejor que compartirlo con un genio como Bolívar, por lo que levanta su copa para decirle:

—Eso es una sabia recomendación, mi general. Salud, nuevamente. —Y tocando la campanilla ordena a Lucero servir la cena.

—Tout de suite, monsieur. Tout de suite —responde Lucero contento de que por fin puede demostrar al Libertador de América que es un buen cocinero.

3

Mientras Lucero va y viene de la cocina feliz al ver que sus platos son elogiados por Bolívar y su señor, los comensales mantienen una conversación distendida y agradable. Parecen dos grandes amigos que han vuelto a encontrarse para comentar anécdotas del pasado y reírse de una u otra aventura galante. La propuesta de Lucero de servirles como postre mazamorra morada es gentilmente rechazada por el Libertador, quien aprovecha la interrupción para dirigirse a Monteagudo,

—Muchas gracias, amigo mío. Hace tiempo que no comía tan bien. También el vino estuvo estupendo.

Sin esperar comentarios de su señor, Lucero pregunta al Libertador si desea que abra otra botella.

—Tenemos varias más, Excelencia —añade con cierto orgullo.

—No, gracias, Lucero, ni mi estómago ni mis riñones lo permitirían.

—Quizá le gustará un cafecito, mi general. También tengo infusión de manzanilla para su estómago, o yerbaluisa para el hígado, o

—No, tomaré nada, Lucero, gracias.

Monteagudo toma ahora la iniciativa porque le gustaría prolongar aún más la visita de Bolívar. —¿Un cigarro de La Habana, quizá?

— No puedo fumar, amigo mío. Pero si usted tuviera una copita de oporto, se lo agradecería —dice el Libertador también deseoso de quedarse un poco más.

Obsequioso como siempre, Lucero se arriesga a proponerle un oporto estupendo que según él:

—Procede de la cava del traidor Torre Tagle, ese que usted sabe que fue...

—Canalla, seguro que se lo robaste a tu antiguo amo —lo acusa Bolívar riéndose.

El sirviente palidece, no sabe qué decir y mira a Monteagudo suplicando con los ojos que le saque del apuro. A éste no le queda más remedio que confesar el origen del licor:

—La verdad, Excelencia, es que las botellas de oporto me las vendió un capitán colombiano de su guardia personal luego que saqueó el palacio de Torre Tagle.

—¿Un capitán mío saqueador, eh? Bueno, en todas partes se cuecen habas. Sin embargo, hay que juzgarlos con benevolencia, considere que mi ejército está muy mal pagado, Monteagudo.

La paz del ambiente peligra nuevamente porque Monteagudo no se muerde la lengua para decirle:

—¿Qué diría el ejército peruano, que recibe una tercera parte de lo que se le da a su tropa, Excelencia?

El Libertador no está interesado en discutir este asunto y quiere zanzar la situación afirmando que los soldados peruanos no merecen ganar más porque son los peores que ha visto y para salir del paso en seguida le pregunta:

—¿Lucero no se habrá olvidado del oporto?

Pero Monteagudo no hace caso a esa maniobra de distracción e insiste en el tema de los soldados peruanos.

—¿Lo dice porque son peruanos los que más muertos han tenido en Junín y Ayacucho?

Sin duda este hombre es un provocador ni siquiera se da cuenta de que lo aprecio. No, esta vez no le voy a dar gusto de enredarme en una nueva discusión, piensa Bolívar. Veamos ahora con qué me sale:

—No, no solo por esas lamentables bajas —responde Bolívar y sin más le dice en un tono amigable —oiga, ese oporto no llega.

—¡Lucero!. ¡Qué pasó con el oporto! —grita Monteagudo con enfado.

Inmediatamente Lucero entra al comedor con el oporto y las copitas. Y dirigiéndose a Bolívar le dice con intención:

—¿Desea que lo pruebe, Excelencia?

—Por mi parte no es necesario —responde con rapidez el Libertador y acercando su nariz a la copa añade—: qué aroma tan delicado. Bueno, hagamos un nuevo brindis, Monteagudo. Le toca a usted escoger el motivo.

Levantando su copa Monteagudo brinda por la libertad diciendo que según Kant después de la salud es el bien máspreciado de los hombres.

—Tampoco me gusta Kant —replica Bolívar—, es otro pedante como Góngora. Pero brindemos por la libertad. La libertad que he proporcionado a tantas naciones.

Levantando las copas en alto y mirándose a los ojos ambos dicen a coro: “salud por la libertad”.

Creo que no he estropeado el ambiente para tocar el tema principal que me ha traído a visitar a este hombre, piensa Bolívar. Veamos, qué es lo que va decir.

—Qué buen oporto, y qué velada tan agradable, Monteagudo —dice el Libertador.

Creyendo que esas palabras eran el inicio de su partida, Monteagudo le agradece su visita y añade que espera que la próxima vez lo pueda atender mejor ya que sinceramente esta vez lo había tomado por sorpresa. Lo que no esperaba Monteagudo es que Bolívar le diga:

—Siento haberlo sorprendido con mi visita, amigo mío, pero la verdad es que me urgía hablar de manera privada con usted.

Al suponer que el general se refería a las pícaras letrillas que lo insultaban Monteagudo lamenta de que su ayuda no haya servido para descubrir a sus autores.

—No se preocupe, a esos miserables los descubriré tarde o temprano. No, ése no era el motivo principal de mi visita.

—¿Ah, no? —murmura Monteagudo frunciendo el ceño.

Realmente está sorprendido y en un segundo desfilan por su mente los temas que habían abordado durante la noche.

—No, Monteagudo. La razón más importante es darle una magnífica noticia. Esta vez estoy seguro de que ni se la imagina —le dice Bolívar levantándose de la mesa, y acercándose a Monteagudo le sugiere:

—Vayamos a la sala.

Sin abrir la boca Monteagudo lo sigue y aceptando su gesto se sienta junto a él en el sofá.

—¿Qué podrá ser, Excelencia? ¿Algo relacionado con alguna dama, quizá?

La ocurrencia hace que Bolívar suelte un sonora carcajada.

—Usted está obsesionado con el sexo opuesto, solo piensa en eso. Ahora entiendo que lo deportaran por sus “costumbres libertinas”. Ja, ja. No, hombre, la buena noticia que le traigo no tiene que ver con mujeres sino con un asunto de estado.

Monteagudo, que cree que conoce todo lo que se cuece en palacio, se siente verdaderamente intrigado. Qué podrá ser, barrunta, mientras su invitado termina su carcajada y se pone serio. Muy serio.

—Es todavía un secreto, Monteagudo, pero quiero compartirlo con usted por motivos que le explicaré después. En el Perú no lo sabe nadie.

—¿Nadie?

Bolívar sabe bien a qué nadie se refiere Monteagudo.

—Nadie, Monteagudo, ni siquiera Manuelita Sáenz.

Si es verdad esa afirmación, el asunto debe ser serio. Más que serio, piensa Monteagudo. De seguro es peligroso.

—Uff, mi general, presiento que debe ser un secreto muy importante. Creo que me serviré otra copa, ¿desea otro oporto, Excelencia?

—No gracias. Pero le recomiendo que beba algo más fuerte —le sugiere el Libertador.

No hay duda, lo que me dirá Bolívar será un asunto peligroso, piensa Monteagudo algo desconcertado.

–Seguiré su consejo, mi general. ¡Lucero! ¡Lucero! –llama Monteagudo con voz muy fuerte.

Lucero entra sorprendido. Él creía que ya había acabado todo, y después de lavar los platos y recoger la mesa podría ir a dormir. Ya estaban bien pasadas las 12 de la noche.

–Lucero, tráeme una buena botella de pisco, por ejemplo la que me dejó monseñor Luna Pizarro.

–Debería mejorar sus amistades, Monteagudo –le reconviene con naturalidad el Libertador.

–Monseñor Luna Pizarro me regaló ese pisco antes de que usted lo deportase a Chile, general.

–Ese maldito arequipeño debería agradecer que no lo mandara fusilar.

Lucero abre el mueble donde guarda los licores. Examina bien las etiquetas y con mucha amabilidad se dirige a Monteagudo:

–Mi señor, aquí tenemos una excelente botella de coñac. También procede del saqueo que hicieron los colombianos al palacio del traidor...

–No, tráeme el pisco de Luna Pizarro, creo que me caerá mejor –lo interrumpe Monteagudo– y deja dos copas en caso de que se anime su Excelencia.

Bolívar no piensa beber más pero se ahorra las excusas, en cambio le pide a Monteagudo que envíe a Lucero a dormir. Quiere asegurarse de quedarse a solas con su asesor.

–Ahora, Lucero, desaparece hasta mañana –le ordena Monteagudo.

–¿Y los platos, mi señor?

–Deja todo como está y vete a tu cuarto –insiste don Bernardo.

–Como usted ordene, mi señor. Que tengan ustedes muy buenas noches. ¿No quisieran un cafecito antes?

Esta sugerencia harta la paciencia de Bolívar quien le espeta:

—¡Lárgate, carajo!

—Disculpe, Excelencia, me largo. —Y hablando en voz baja, pero lo suficiente para que los señores escucharan se va diciendo—: solo quería servirlo, pero si usted no quiere me largo, me acuesto y me duermo, pero no me llamen después, ¿eh?

Bolívar lo sigue con la mirada y espera a que cierre la puerta de la cocina y apague la luz. Satisfecho con la desaparición de Lucero, le repite la sugerencia de que tomara el pisco porque lo necesitará. Monteagudo le hace caso y sirviéndose media copa se la traga de un solo golpe..

—Está muy bueno, Excelencia, lamento que usted no me acompañe.

—Me encantaría, pero mis vísceras están finalmente tranquilas y prefiero no abusar de ellas —le confía el Libertador, y ansioso por compartir con su asesor la noticia dice:

—Pues bien vayamos al asunto que realmente ha sido la razón de mi visita.

—Soy todo oídos, mi general —dice Monteagudo cogiendo nuevamente la botella de pisco.

—Monteagudo, vaya haciendo planes para invitar al Congreso Panamericano a una nueva nación.

La noticia le satisfizo a Monteagudo, hacía tiempo que esperaba que Bolívar aceptase su sugerencia de invitar a Estados Unidos.

—¿Una nueva nación? Ah.., veo que por fin piensa invitar a Estados Unidos.

—Eso de ninguna manera. A los estadounidenses hay que mantenerlos lejos, ellos se creen los únicos americanos de América. No, me refiero a que voy a crear una nueva nación sudamericana.

La noticia intriga al encargado de organizar el Congreso Panamericano,

—¿Nueva? Ya no quedan nuevas naciones en Sudamérica, Excelencia.

—¿Y el Alto Perú?

Monteagudo da un respingo y contesta:

—El Alto Perú pertenece ahora a Argentina, Excelencia. La Audiencia de Charcas, como la bautizaron los españoles, es parte del virreinato de La Plata.

—Claro, usted como argentino, tiene esa peregrina opinión —le responde el Libertador con desdén.

Si en muchos campos políticos Monteagudo era un experto, en el asunto del Alto Perú nadie sabía más que él no solo por ser argentino, sino porque había estudiado el tema desde su juventud. Por eso comenta con gran aplomo:

—Esa no es una opinión, Excelencia, eso es un hecho: el año 1776, o sea hace casi 50 años, España transfirió el Alto Perú al Virreinato del Río de la Plata, y desde entonces es parte de Argentina.

Bolívar lanza una sonora carcajada —¿Se da cuenta de lo que dice, Monteagudo? ¿Dígame desde cuándo respetamos los desatinos cometidos por España en Sudamérica? ¿Usted cree que se pueden transferir pueblos de un país a otro como si fueran ganado? No, hombre. El Alto Perú en todo caso es parte del Perú. ¿Usted conoce a algún habitante de La Paz, por ejemplo, que se crea argentino? No, mi amigo, los del Alto Perú se hacen llamar pe-rua-nos, porque se sienten pe-rua-nos igual que los cusqueños, o arequipeños, o limeños. ¿Eso es verdad o no? Usted que ha vivido allí no lo podrá negar.

Monteagudo se siente desconcertado del ataque del Libertador. En este instante le falta algo de tiempo para desarrollar su defensa. Por lo pronto reconoce sus antecedentes.

—Efectivamente, Excelencia, yo estudié derecho en Chuquisaca, pero...

Satisfecho de esa confesión, Bolívar insiste en desarmar a su asesor.

—Lo sé. Yo sé todo sobre usted, Monteagudo, como que en Potosí lo condenaron a muerte por conspirador. Usted tuvo la suerte de escaparse pero hasta ahora lo buscan para fusilarlo.

—Tenía 19 años, Excelencia —se disculpa el asesor.

Ya viene con tantas disculpas, piensa Bolívar, pero no tendrá otra opción que la de aceptar mi propuesta. Sí, sí, es importante que este hombre me ayude a evitar problemas con los peruanos y más con los argentinos.

—Monteagudo, no niegue que los habitantes del Alto Perú nunca se sintieron ni llamaron argentinos. Ellos se consideran descendientes del imperio del Tawantinsuyo. Luego durante dos siglos formaron parte virreinato del Perú. Esas son sus verdaderas raíces, no los cincuenta añitos con el virreinato de La Plata.

El argumento de Bolívar era contundente tal como era expuesto, pero falso porque no consideraba el derecho internacional vigente aceptado por los países sudamericanos.

—Usted comprenderá, mi general, que no pueda estar de acuerdo con usted. El Alto Perú pertenece a Argentina.

—Ah, amigo mío. Esta discusión me da la razón. Los argentinos quieren apoderarse del Alto Perú sin..

La acusación de apoderarse era demasiado para Monteagudo, era como si Argentina quisiera robar una tierra que no le pertenece, por eso lo interrumpe:

—No queremos apoderarnos, sino recuperarlo, Excelencia.

—Claro, recuperarlo sin hacer nada —responde Bolívar con sarcasmo—. ¿Acaso Argentina ha enviado su ejército para acabar con las tropas españolas que todavía quedan allí? ¿Sabe lo que realmente desea Argentina? Lo que desea es que yo acabe con el ejército del español Olañeta y le sirva el Alto Perú en bandeja.

La acusación sobre la inacción de Argentina en el Alto Perú no era nueva. Muchos militares peruanos pensaban lo mismo, pero había razones.

–Excelencia, yo no diría que no han hecho nada, lo que sucede es que Argentina está pasando por un periodo de inestabilidad política y no hay un gobierno sólido por el momento.

La respuesta de Monteagudo hace surgir una sonrisa desdenosa en los labios del Libertador.

–¡Por el momento, por el momento! Desde su independencia Argentina es un desbarajuste. Si no están preparados para gobernarse a sí mismos cómo aspiran a gobernar a otros.

–La inestabilidad política en las nuevas repúblicas es un problema normal, mi general.

Este hombre es sincero, piensa Bolívar. Sincero pero no se rinde, siempre busca salidas. Tengo que convencerlo.

–¡Problema normal, problema normal! Lo que pasa es que los argentinos son unos frescos no hacen nada mientras yo he enviado a Sucre al mando de un ejército que está sacrificando vidas, gastando dinero y sufriendo lo indecible para dar libertad a esos que se llaman peruanos, y resulta que ahora los argentinos quisieran que les regalásemos esas tierras sin haber disparado un tiro. Pues no, yo crearé un nuevo país.

Monteagudo se resiste a creer lo que escucha. Miles de ideas se le vienen a la cabeza, pero ahora necesita tiempo para organizarlas.

–No lo puedo creer, Excelencia, creo que necesito otro pisco.

–Tenga cuidado, Monteagudo, se le puede subir a la cabeza y yo necesito que la tenga muy fría porque con usted me preparo a las posibles objeciones de mis opositores –dice Bolívar con toda franqueza.

–Excelencia, será la última copa de pisco. Lo que sucede es que tengo un argumento en la punta de la lengua y no puedo articularlo. Salud.

–Tómese su tiempo, Monteagudo –le aconseja Bolívar–, pero no creo que haya pisco en el mundo que lo ayude. Mi lógico razonamiento es a prueba de balas.

Monteagudo se sirve la copa hasta el borde y en dos tiempos la acaba. Un relajado silencio toma la sala. Bolívar se siente cómodo con la espera. Finalmente Monteagudo le dice:

–Excelencia, yo hasta podría entender que usted ponga reparos para devolver el Alto Perú a Argentina, pero de allí a...

Bolívar le corta la frase y con sorna exclama: –vaya, ¡qué amplitud de criterio tiene usted!

–Sí, yo puedo entender que a usted no le guste devolver el Alto Perú a Argentina. Pero lo que no entiendo de ninguna manera es que piense crear una nueva nación. ¿Acaso, no sería lógico que si no es Argentina fuese el Perú quien recuperase su Alto Perú? En todo caso, es el Perú quien paga el ejército que comanda Sucre en esas tierras. También es el Perú el que, junto a los colombianos, está enviando a sus soldados a luchar, y es el Perú quien ha prometido pagar a ese ejército premios iguales a los que pagó por luchar en Junín y Ayacucho.

Bolívar cree que esa respuesta es un avance. Sabe que Monteagudo tiene bastante simpatía por el pueblo peruano, y es aquí donde tiene mejores amigos que en Argentina. Hay que insistir:

– Ah, Monteagudo, qué ingenuo es usted –le recrimina el Libertador–. Si yo devuelvo el Alto Perú al Perú, los argentinos se opondrán ferozmente, y hasta serían capaces de dejar sus luchas internas para unirse y atacarme. Entonces, para que ni el Perú ni Argentina disputen, Sucre me ha sugerido crear una nueva república. Él ya ha entrado en contacto con los líderes locales y todos están de acuerdo en independizarse. Es más, me están presionando para que esa nueva república lleve mi nombre.

Monteagudo no puede reprimir un gesto de extrañeza.

–Sí, como lo oye, Monteagudo, ellos quieren que se llame República Bolívar. A mí francamente me parece una

exageración, pero ¿qué quiere que haga?, la gente del Alto Perú me lo reclama.

La cara de Monteagudo lo dice todo, tiene el ceño fruncido y la mirada extraviada, se muerde los labios. No es capaz de articular palabra alguna.

—Vamos, amigo, diga algo, por lo menos dígame qué le parece el nombre de la nueva república. República Bolívar, ¿no está mal, verdad?

Luego de un largo e incómodo silencio, Monteagudo se anima por fin a decir algo.

—Estoy abrumado, Excelencia. Todo esto es increíble, es una exageración.

Bolívar no percibe la intención de Monteagudo y responde:

—Estoy de acuerdo con usted. Es una exageración poner mi nombre a la nueva república. Les he dicho que lo cambien, pero ellos insisten tanto que no puedo negarles ese gusto, así que les he dicho que en vez de República Bolívar se llame República de Bolivia. ¿No le parece que Bolivia es suficiente concesión de mi parte, Monteagudo?

—Sigo confuso, Excelencia —balbucea el anfitrión mirando el suelo.

—Se lo advertí, hay que tener cuidado con el pisco —le reconviene Bolívar.

—Todo lo contrario, Excelencia. Creo que en situaciones como esta no hay mejor refugio que el pisco —y sirviéndose nuevamente una copa la acaba de un solo trago.

La mente de Monteagudo bulle. La situación política del Alto Perú era algo que siempre lo había preocupado, pero el desenlace que propone Bolívar es algo que nunca previó que podría suceder. Al sentirse obligado a decir algo mascullo entre dientes: —Me parece que este pisco está más suave que nunca, es pura uva —y sin mayor preámbulo pregunta: —¿Excelencia, ha pensado en la reacción de los peruanos cuando sepan sus intenciones?

—Los peruanos me deben mucho, ellos saben que sin mí nunca se hubieran independizado, de modo que aceptarán lo que yo proponga —afirma con entereza el Libertador.

Moviendo negativamente su cabeza Monteagudo se atreve a decir:

—Excelencia, creo que los peruanos nunca le perdonarían que usted mutile su país.

La predicción de su asesor hace que el Libertador sonría falsamente.

—Como pitonisa se hubiera muerto de hambre, Monteagudo. Qué poco conoce a los peruanos, amigo mío, ellos me harán monumentos, pondrán mi nombre a sus mejores plazas, calles y avenidas. Convertirán mis residencias en museos.

—Tenga cuidado con la historia, Excelencia —le previene don Bernardo Monteagudo.

—¿Otra vez con el mismo asunto? ¿No le he dicho que la historia la escriben los vencedores? La historia necesita héroes, y yo soy el héroe máximo de América. Admítalo, Monteagudo. ¿Acaso no se ha enterado de lo que dijo ese curaca de Azángaro..., ¿cómo se llama?..., bueno el indio que dijo que mi gloria crecerá con los siglos como la sombra cuando el sol declina. ¡Qué linda frase! ¡Y que cierta es! —y con gran seguridad repite la frase lentamente—: mi gloria crecerá como la sombra cuando el sol declina. ¿Recuerda cómo se llama ese indio?

—Choquehuanca, José Domingo Choquehuanca, mi general.

—Efectivamente, Choquehuanca. Un indio sabio.

—Cuando Choquehuanca dijo eso no sabía que usted restablecería el tributo que pagan los indios por ser indios. Con todo respeto, Excelencia, esa decisión me parece la más injusta que ha tomado usted hasta ahora.

El fanatismo de este hombre por San Martín es evidente, piensa Bolívar. Es un obcecado. Le falta una visión más amplia de cómo dirigir un país. Bueno para eso estoy yo.

—Sí, ya sé que San Martín suprimió ese tributo, pero no fue práctico. El tributo indígena representa el 40% del presupuesto del país. ¿De adónde piensa que voy a sacar el dinero para todo lo que hago en el Perú?

—De donde sea pero no es justo restablecer el impuesto que pagaban los indígenas al rey de España sólo por ser indios. ¡Hombre, Excelencia, para eso han luchado por su libertad!

—Ah... —exclama Bolívar— se ve que le está saliendo la sangre materna. Si usted fuera 100% blanco no defendería así a los indios. Claro, cada uno defiende su raza pero entienda que alguien tiene que cubrir las necesidades que tiene este país para progresar y a la vez mantener su libertad.

Satisfacer estas necesidades era algo que había angustiado mucho a Monteagudo durante el tiempo en que San Martín le encargó el manejo de las cuentas del Perú. Él creía haber encontrado la solución aunque nunca tuvo el tiempo para aplicarlo.

—Es evidente que el país necesita fuentes de ingreso, Excelencia, pero que sean los propietarios de las tierras, los dueños de las minas, los comerciantes, los jefes del ejército quienes los sufraguen. Es decir, que paguen los que más tienen. No hay que imponer tributos a los pobres indios solo por tener un color diferente de piel.

El general lanza una sonora carcajada.

—¡Cómo jala la raza! Le salió el indio, Monteagudo, le salió el indio. Aunque admito que usted tiene algo de razón, sin embargo por el momento no puedo dejar de cobrar esos tributos. Si las cosas mejoran, si la economía crece como espero, lo primero que haré será suprimir ese impuesto. Se lo prometo, Monteagudo.

La promesa de Bolívar era un brindis al sol, piensa Monteagudo, pero no se atreve a burlarse del Libertador.

—Mi general, tanto usted como yo sabemos, que la economía del Perú no mejorará rápidamente, pasarán muchos años para eso.

—Lo veo muy pesimista, Monteagudo. A veces me parece que usted no es un asesor mío sino mi opositor, y eso me está preocupando mucho —se sincera el Libertador.

Nuevamente regresa una pausa inquietante. Ambos se quedan absortos en sus pensamientos. El silencio es total. Bolívar piensa en Monteagudo Y Monteagudo piensa en la nueva nación que pretende Bolívar. Finalmente, Monteagudo se atreve a decir:

—¿Puedo serle sincero, mi general?

—Pues, claro. Para eso he venido.

—Hoy por hoy, mi general, hay muchos congresistas leales con el Perú que no permitirán que usted mutile su país —le advierte Monteagudo interesado en saber hasta donde ha pensado llegar Bolívar para cumplir su deseo.

—¿Pero de qué congresistas peruanos habla usted? Luna Pizarro y sus amigos están deportados.

—Sí, pero quedan muchos otros; los hermanos Mariátegui, por ejemplo.

El Libertador se ríe.

—A esos los meteré presos por conspiradores.

Monteagudo sabe que eso es muy posible, y comparte ese pensamiento con el Libertador

—No podrá meter preso a todo el Congreso, Excelencia.

Bolívar se pone de pie y en silencio da unos pasos por la sala. Luego se acerca a balcón y mira afuera aunque realmente su mente está en otra cosa. Es una noche oscura. Su escolta está silenciosa. Luego regresa al sofá ensimismado en sus cálculos. Para sorpresa de Monteagudo, el general le dice:

—Tiene usted razón, Monteagudo. Sí, mucha razón. Ya ve, ya ve, por eso quería hablar con usted. Es verdad: no podré controlar a todos los congresistas, por lo tanto., por lo tanto...

—¿Por lo tanto qué, Excelencia?

—Pues, por lo tanto tendré que cerrar el congreso y llamar a nuevas elecciones —le informa Bolívar satisfecho de su respuesta.

—Si hay nuevas elecciones las perderá, Excelencia —afirma con seguridad su asesor.

—No, si yo las organizo como se debe. Yo sé bien lo que se necesita para ganar elecciones y referendos.

Monteagudo se queda sin argumentos:

—Ah, claro, si usted organiza las elecciones ganará.

—Eso es obvio, Monteagudo.

Ahora es el asesor quien también se pone de pie y recorre unos pasos por la sala. El Libertador lo mira con extrañeza.

—Mi general, supongamos que usted consigue que se elija un Congreso peruano que apruebe sus planes...

El Libertador le corta la frase:

—Eso téngalo por seguro. Y será gracias a que usted me ha abierto los ojos.

—¿Yo? —pregunta Monteagudo realmente sorprendido.

—¿Quién si no, o acaso estoy hablando con Lucero? Fue usted quien me dijo que el presente congreso no aprobará mis planes. Luego hay que cerrarlo y nombrar otro.

—A esa conclusión no llegué yo, Excelencia —responde Monteagudo indignado—. Pero para no agotarnos dejémoslo así —agrega, evitando el peligro de irse por las ramas—. Concentrémonos en su proyecto, ¿usted cree que su nueva república tiene futuro?

El Libertador se siente contento por la pregunta porque le da pie para reforzar su idea:

—Por supuesto, amigo mío, por supuesto. El Alto Perú tiene de todo, es un país riquísimo, posee las minas más valiosas del mundo, tiene selvas, ríos, valles fértiles, y unos líderes educados y comprometidos con el país. Toda esta riqueza la garantizaré yo como su presidente vitalicio...

La última palabra hace que Monteagudo lo interrumpa inmediatamente:

—¿Usted también piensa ser presidente vitalicio de la Republica Bolívar?

—No se llamará República Bolívar sino República de Bolivia. ¿Se da cuenta de la diferencia? Bolivia, no Bolívar —insiste el Libertador—. Oiga, esto es un matiz muy importante porque demuestra mi desapego a los honores.

—¿Y usted piensa ser presidente vitalicio de ese país? —pregunta con tono descreído el asesor.

—Pues claro. Ya he enviado a Sucre por correo confidencial mi proyecto de Constitución Vitalicia para que sea aprobado por el Congreso de Bolivia. Mire, Monteagudo, los futuros bolivianos no estarán preparados para manejarse solos. Ellos necesitarán mi apoyo y guía. Usted lo sabe, allí hay más indios que en el Perú y no podemos confiar en ellos.

Monteagudo toma nuevamente asiento en el sofá y mirando al techo, le pregunta:

—¿Y cómo piensa ser a la vez presidente vitalicio del Perú y de... ¿cómo se llamará?... a sí, Bolivia.

—No solo de esos países, Monteagudo —responde Bolívar— también espero ser elegido presidente vitalicio de Colombia, de Venezuela y de Ecuador.

Don Bernardo Monteagudo mueve negativamente su cabeza. No le salen las palabras. Mira la botella de pisco, pero no se anima a tomarse otra copa. Ahora necesita tener clara su mente. Por el momento se limita a comentar:

—Ser jefe supremo de tantas naciones no lo soñó ni Napoleón.

—Claro que no, Monteagudo. Como buen europeo a Napoleón le faltaba imaginación. Sepa, amigo mío, que también he enviado mi proyecto a Francisco Santander quien, durante mi ausencia, está ejerciendo las funciones de presidente de la Gran Colombia.

Monteagudo se siente abrumado con la noticia. Le faltan argumentos. Sabe que Bolívar es un hombre brillante y obcecado, y con el poder que tiene no le faltarán seguidores. Por otro lado hay asuntos prácticos que parece no haber previsto.

—Mi general, ¿cómo va a poder estar en cinco países al mismo tiempo?, ni Dios.

La respuesta de Bolívar es inmediata:

—Muy fácil, Monteagudo, muy fácil. Yo como presidente vitalicio nombraré a un Vicepresidente de mi confianza en cada país, y los visitaré por temporadas de uno o dos años, dependiendo de los problemas. Además no se olvide de que estamos formando una Federación Andina tan fuerte o más que Estados Unidos. Y, claro, esa Federación Andina, me tendrá como Presidente Vitalicio para darle estabilidad y prestigio.

—Veo que lo tiene todo pensado, Excelencia —reconoce el asesor.

—Son muchas horas de desvelo, amigo mío. En este plan he puesto todo mi ingenio y talento.

La verdad es que al asesor le sobrepasa el proyecto de una presidencia vitalicia. Bolívar es capaz de intentarlo, reconoce Monteagudo.

—Hay un antiguo dicho mexicano que dice: “si quieres hacer reír a Dios cuéntale tus planes” —le advierte el asesor masticando cada una de sus palabras.

—En realidad esto ya no es un plan, Monteagudo, esto es una realidad, mi proyecto está en marcha.

Monteagudo coge la botella de pisco y se la lleva a la boca directamente, pero al final la deja sobre la mesita musitando: —no puedo creer lo que oigo. Creo que dejaré de beber para siempre.

Bolívar, que lo ha estado observando con curiosidad, le reconviene: —haría bien en dejar la bebida, Monteagudo, hay

que ser moderado. Mire como estoy yo, cada vez más brillante y con el mismo peso de mi juventud.

—Se le ve muy bien, Excelencia —admite Monteagudo con cierta envidia.

—El éxito profesional también ayuda a lo físico, amigo mío —dice el Libertador. Y después de cierto silencio pregunta: —bueno, Monteagudo, ¿lo tiene ahora claro?

—Más claro que el agua, Excelencia —admite el asesor—. Sin embargo, hay un punto que me parece no ha tomado en cuenta.

El Libertador se queda algo sorprendido pero sabiendo que su asesor es un hombre apegado a los detalles le pregunta:

—¿Ah, sí? ¿Respecto a qué, amigo mío?

Antes de responder Monteagudo desea partir desde puntos convergentes y encuentra uno:

—Mi general, usted dice que el porvenir de Bolivia está asegurado con sus inmensas riquezas.

—Efectivamente, es un país muy rico.

—Pues ¿cómo exportará esa riqueza?, Bolivia no tendrá salida al mar. Necesitaría contar con Argentina o Perú para exportar sus productos.

Una vez más el Libertador se pone de pie, esta vez camina hacia el librero y mira los títulos sin leerlos. Su mente está en otra cosa. Finalmente regresa y le dice:

—Ya sabía que esta inesperada visita me iba a ser de gran utilidad. Es usted un hombre brillante, Monteagudo, pero no es el único que ha pensado en eso. Yo ya he resuelto el asunto de la salida al mar de Bolivia.

—¡Eso es imposible! —exclama Monteagudo levantándose rápidamente.

—No hay nada imposible para mí, amigo mío. Eso ya debería saberlo.

—No sé cómo podrá darle a Bolivia la salida al mar, Excelencia. A no ser que... no..., no puedo creer que usted se atreva.

—Creo que usted ya adivinó la solución —comenta satisfecho el Libertador—, ¿Tiene un mapa de Sudamérica?

—Por supuesto, Excelencia —dice Monteagudo, y yendo a su escritorio extiende un rollo sobre él— aquí hay uno muy detallado, mi general.

Bolívar se acerca y con su dedo va recorriendo la parte del mapa que le interesa hasta hallar lo que busca.

—Mire bien Monteagudo, vea esto —y recorriendo con el dedo el sur del Perú agrega—: he decidido transferir a Bolivia toda la costa del Perú desde Tacna a Antofagasta.

—¡No lo puedo creer! ¡Desde Tacna a Antofagasta! —exclama el asesor.

—Sí, aquí lo ve claro —y mostrándole nuevamente el sur del Perú agrega: Tacna, Arica, Tarapacá hasta Antofagasta. Hoy mismo he enviado a Bolivia a un embajador plenipotenciario del Perú para que firme ese tratado. Hay que moverse rápido antes de que haya gente aquí que empiece a protestar por gusto.

—¿Puedo saber el nombre de ese embajador plenipotenciario, Excelencia? —pregunta el descreído Monteagudo

—Usted lo conoce, es Ignacio Paz Soldán.

Esto es demasiado, piensa Monteagudo, debe ser una pesadilla. Pero no, frente a él estaba el mismísimo Libertador.

—Excelencia, ese Paz Soldán no es peruano, es colombiano. ¿Cómo cree que un colombiano puede defender el punto de vista del Perú?

—Hombre, al ser colombiano será más imparcial y se entenderá mejor con Sucre —le explica el Libertador sin parpadear.

Monteagudo no cree lo que escucha:

—Usted está pasando por alto todo lo imaginable, Excelencia —exclama finalmente.

—Es que sinceramente, amigo mío, y aunque no debería decirlo, reconozco que soy un genio.

Monteagudo coge otra vez el mapa y recorriendo con su dedo el área afectada le dice:

—Aun si ese colombiano firmara un acuerdo para traspasar unos 800 kilómetros de la costa del Perú, el asunto es de tal magnitud que para ser válido tendría que ser refrendado por el congreso peruano.

—Muy bien pensado, Monteagudo, muy bien pensado, pero se ha olvidado que llamaré a nuevas elecciones de las que saldrán elegidos solo peruanos que estén comprometidos con la nueva Federación Andina.

El asesor mueve su cabeza con desaprobación:

—Por más amigos suyos que sean los elegidos no creo que pueda convencer al nuevo congreso peruano de regalar esa costa a Bolivia. Los matarían los electores.

El Libertador da unos pasos hacia el cheslón y se recuesta en el mirando las velas de la araña que están a punto de apagarse. Un incómodo silencio se apodera de la sala. Monteagudo se ha quedado paralizado viendo el mapa. Finalmente Bolívar aleja su vista de la araña, se pone de pie, va donde su asesor y le pone amigablemente la mano sobre el hombro:

—Quizá tenga usted razón, fiel amigo. Sí, regalar es mala idea. Es usted muy inteligente, lo envidiaría Maquiavelo. Gracias por su consejo.

—¿Yo? —pregunta Monteagudo—. Yo no le he dado ningún consejo, Excelencia.

El Libertador no lo escucha, está ensimismado en sus pensamientos.

—Tiene razón, tendré que pensar en algo que permita al congreso peruano justificar la entrega de su costa. Hum... hum... déjeme pensarlo un poco, Quizá, debiera ofrecerles... no, no, eso me saldría muy caro... mejor sería... no, eso tampoco... Ah, ya sé: podemos hacer que Bolivia compre esa costa al Perú. Eso es: será una compra legal y Bolivia pagará

un buen precio, digamos unos 5 millones de pesos. ¿No le parece un precio enorme, Monteagudo?

Sin pensarlo dos veces Monteagudo responde: —en este momento no sé si 5 millones sean pocos o muchos, mi general. Pero sea el monto que sea el Alto Perú, o como se llame la nueva república que usted quiere crear, no podrá pagarlo, está en bancarota, no tiene nada en sus arcas, solo deudas con Argentina y Perú.

—Bueno, ahora no tiene nada, pero puede firmar bonos de Estado para pagarlo más adelante.

El asesor siente que su observación hace dudar a Bolívar, e insiste:

—Bolivia, no pagaría nunca. Además, Excelencia, no creo que el territorio de un país se pueda vender. Las tierras de un país son inalienables.

El Libertador se queda meditando un buen rato.

—Hum..., hum —murmura—, tiene usted un punto de vista interesante, gracias Monteagudo, es usted muy perspicaz. Mire, mejor no será una venta. Veamos nuevamente el mapa. Lo que haremos es una permuta más el dinero, claro está. O sea: a cambio de su costa Bolivia le dará al Perú toda esta parte de su territorio. —y cercando con su dedo un área del mapa pregunta. ¿Cómo se llama esta región?

Monteagudo mira el mapa y para ayudarse a entenderlo mejor coge una lupa.

—Creo que es Apolobamba, Excelencia. Sí, es Apolobamba.

—Muy bien, a cambio de esa costa le damos Apolobamba al Perú. ¿Qué le parece?

Monteagudo recorre nuevamente con la lupa toda el área en cuestión, y levantado la cabeza al Libertador le dice con franqueza:

—Mi general, ese territorio no vale nada, es inaccesible y está totalmente despoblado.

El argumento no le afecta a Bolívar porque siente que tiene la solución que buscaba.

—Tierras son tierras, Monteagudo, y además no olvide que Bolivia le dará al Perú 5 millones de pesos.

El asesor siente que sus argumentos no son considerados por el Libertador, pero está decidido a presentar batalla no importando las consecuencias.

—No creo que los congresistas peruanos aprueben la entrega de su costa, por más influencia que usted ejerza sobre ellos, Excelencia.

Bolívar reconoce que no logrará convencer a su asesor, además ya está realmente cansado de tantas excusas. Yo necesito gente que me apoye, piensa, no que me ponga obstáculos. Este hombre no me sirve, acepta el Libertador sin ningún resentimiento. El que no recoge conmigo, desparrama.

—No lo creía tan pesimista, Monteagudo, Todo lo ve negro. Realmente me preocupa su actitud, amigo mío —y preparándose para irse añade—, bueno, ya es tarde... todavía tengo que dictar varias cartas. ¿Tiene algo más que agregar, Monteagudo?

Monteagudo sabe el peligro que corre al oponerse a los planes del Libertador, pero no se puede contener. La solución realmente va más allá del asunto de la pretendida cesión de la costa a Bolivia. No, ese no es el verdadero problema. La única solución de todo el embrollo pasa por la presencia misma de Bolívar en Perú.

—Excelencia, creo que el mejor consejo que le he dado esta noche es que deje el Perú en manos de los peruanos ahora que su prestigio está en el cenit de la gloria.

—¿Cómo se atreve usted a decirme eso, después de haberle confiado mi más grandioso proyecto? —le increpa el Libertador visiblemente contrariado.

—Creo que la mejor muestra de lealtad es ofrecerle mi sincero consejo, Excelencia.

–La única manera en que usted puede serme útil es apoyándose sin dudas ni objeciones. Creo, que ya debo retirarme, es tarde –le dice Bolívar con displicencia.

–Como usted desee, mi general –responde con resignación el asesor.

–Bueno, Monteagudo, piense bien en lo que le he dicho. Sea más receptivo a mis proyectos y no se ponga del lado de los complotadores. Nadie debe oponerse a mi voluntad porque todo lo que hago es por el bienestar del pueblo. El que va en contra del pueblo va contra mí. Y yo necesito confiar en la gente que tengo a mi lado.

La suerte está echada, admite en su interior Monteagudo. Esta es una amenaza en toda regla, pero yo no me voy a dejar intimidar ni por el Libertador ni por nadie, piensa don Bernardo Monteagudo, y le lanza lo siguiente:

–La policía secreta le asegura tal confianza, Excelencia.

A Bolívar se le acaba la paciencia por lo que responde:

–Mire, Monteagudo, ya se ha quejado lo suficiente de mi policía. Ordenaré en este momento que le retiren la protección, ahora arrégleselas por su cuenta si eso es lo que quiere.

–Gracias, Excelencia –replica con cierta sorna el asesor.

En tono molesto y cortante el Libertador da por terminada la visita con estas palabras:

–Adiós, Monteagudo. Gracias por la velada, me ha sido muy útil saber finalmente lo que usted piensa.

–Cuídese, Excelencia.

–Eso es lo que hago siempre, fiel amigo –responde Bolívar devolviendo sorna con sorna.

–Iré por su sombrero, mi general.

En ese instante aparece Lucero trayendo el sombrero.

–Aquí lo tiene, Excelencia –dice inclinándose exageradamente.

–¿No te mandamos a dormir? –le pregunta el Libertador–, seguro que has estado escuchando la conversación.

—No, mi general, se lo juro —afirma Lucero en el tono más convincente que le sale— acabo de despertarme y vine a la cocina por un vaso de agua.

Esta vez la respuesta de Lucero no le hace la menor gracia al Libertador y cogiendo con fuerza el brazo de su asesor le pregunta: ¿usted le cree a este negro de mierda?.

—Sí, mi general, Lucero nunca escucha mis conversaciones.

—Temo no creerles a los dos. Buenas noches —y sin esperar comentarios el Libertador baja rápidamente la escalera y da un sonoro portazo al salir.

Monteagudo y su sirviente se quedan paralizados. Afuera se oye un ruido de caballos que se alejan sobre el empedrado. Una vez en silencio, Lucero mira con angustia a su señor y le dice:

—Creo que debemos huir esta misma noche.

—¿Has estado escuchando todo, verdad?,

—Bueno, casi todo —responde con sinceridad Lucero.

—¿Y has entendido algo?

—Bueno, casi nada. Pero lo suficiente para darme cuenta de que usted ha enojado al general, y que el general ya no confía en usted, y si el general no confía en alguien ya sabe lo que le pasa, y a mí también me irá mal, y adiós mujer y negritos y....

—Dame pronto mi capa —le ordena Monteagudo—. Tengo que salir.

—Está usted loco. Mejor escapemos por la puerta de atrás, yo llevaré lo indispensable.

—No, Lucero. Tengo que hacer algunas visitas importantes. ¡Mi capa, carajo!

En vez de traer la capa Lucero corre al balcón y escudriña de arriba abajo la calle. Al regresar le dice angustiado a su señor:

—Lo sospechaba, han quitado a los soplones. No hay nadie en la calle. Ahora sí que es peligroso salir.

—Vamos, trae pronto mi capa, carajo. Iré preparado —y dirigiéndose al escritorio saca de un cajón una daga sevillana mostrándosela a Lucero.

—Voy con usted, mi señor, yo llevaré el cuchillo grande de la cocina. Vamos a ver quien puede con el negro Lucero — afirma con aplomo el sirviente.

—No puedes venir conmigo, Lucero. Quédate, y si no regreso al amanecer te vas a casa de Don Francisco Mariátegui y le cuentas todo. Él te protegerá. Francisco Mariátegui, ¿has entendido?

—Sí, mi señor, conozco bien a don Francisco. Pero mejor lo acompaño, la calle está desierta, lo pueden asaltar y matar.

—Ya basta. ¡Mi capa, carajo!

Mientras Monteagudo recoge algunos papeles de su escritorio, Lucero corre al dormitorio y regresa con la capa, pero antes de ponerla sobre el hombro de su señor le prende algo.

—Aquí la tiene, mi señor. Le he puesto el escapulario del Señor de los Milagros. Cuídese mucho... mi... —farfulla angustiado el sirviente.

—No te pongas trágico, Lucero. No me va a pasar nada. Ven, dame un abrazo y sonríe.

Era la primera vez que un señor abrazaba a Lucero por lo que al borde de las lágrimas le dice:

—¿Se me está despidiendo para siempre, mi señor?

—No seas tonto, solo quiero abrazarte.

—Es un gran honor para mí —dice Lucero entre sollozos.

—Vamos, no te pongas triste negro llorón.

—No lloro, mi señor, mis ojos sudan.

—Ya regreso, Lucero.

—Lo estaré esperando, mi señor.

Lucero corre al balcón y ve como su señor camina a buen paso por el centro de la calle en dirección a la Plaza Micheo. Se va alejando, pero antes de perderse de vista el sirviente

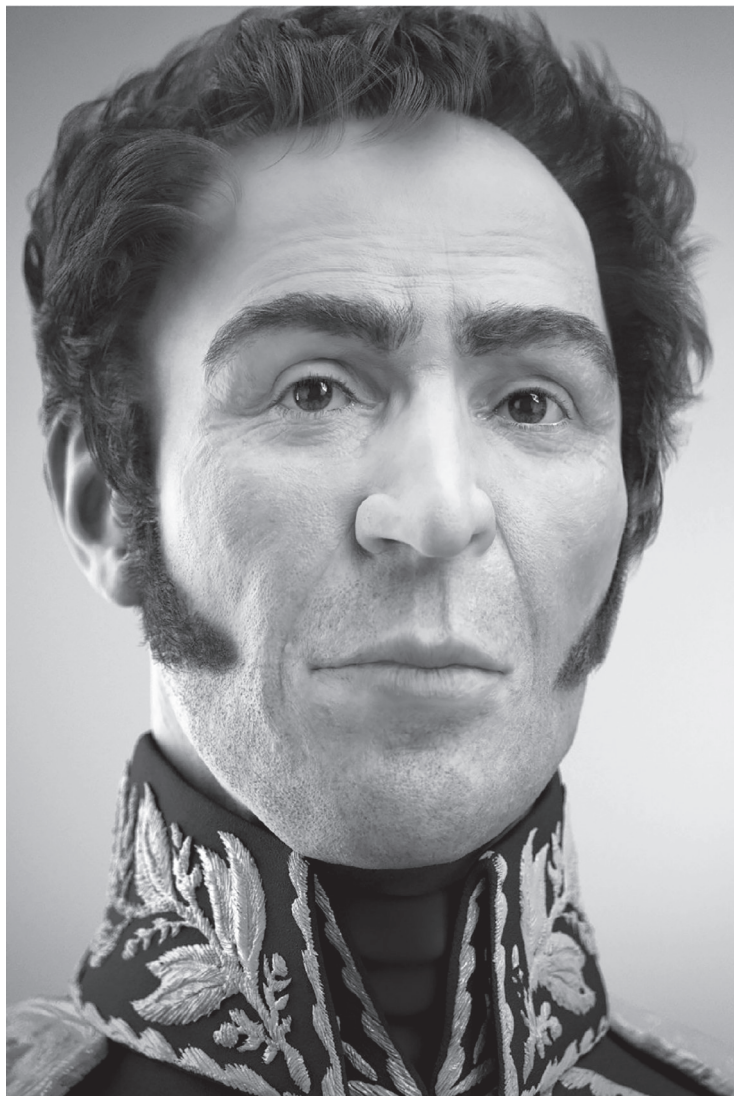
ve dos sombras que salen de la oscuridad y lo atacan por la espalda. Es un instante. Monteagudo cae sin romper el silencio de la noche.

El sirviente baja veloz la escalera y corre por la calle con un cuchillo de cocina en la mano. No hay rastros de los asaltantes. Una mancha de sangre se esparce alrededor del cuerpo de Don Bernardo Monteagudo.

La campana de alguna iglesia suena una sola vez. Comenzaba el día 28 de enero de 1825. Era viernes.



PLAZA MICHEO (Ahora desaparecida)



SIMÓN BOLÍVAR



BERNARDO MONTEAGUDO

ANEXO HISTÓRICO*

ASESINOS Y SEMBLAZA DE BERNARDO MONTEAGUDO

* Extracto del libro –Bolívar Libertador y enemigo n° 1 del Perú– de HM.

Un justificado revuelo se extendió por todo Lima cuando se enteraron del asesinato de Monteagudo. Los ánimos no amainaron cuando a los pocos días tomaron presos a sus asesinos. Uno era el negro Calendario Espinosa de 19 años que, aparte de ser ladrón y novillero de poca importancia, era buscado por otros dos delitos. El otro joven se apellidaba Moreyra, negro también y cocinero de oficio. Nadie creyó que esos mozalbetes hubieran asesinado por su cuenta a Monteagudo. Alguien los habría contratado.

Los rumores que corrían apuntaban hacia algunos posibles autores intelectuales del crimen, siendo Bolívar uno de ellos. Otro sospechoso era el archienemigo de Monteagudo, el ministro Sánchez Carrión. También se sospechó de algunos españoles, de limeños españolistas, de rivagüeristas y de aristócratas. Todos ellos antiguos enemigos de Monteagudo por las reformas sociales y económicas que propulsó cuando fue ministro de San Martín. Alguien se encargó de aumentar la lista de sospechosos haciendo correr el rumor de que fue obra de algún marido celoso¹. En suma, a Monteagudo no le faltaban personas que desearan su muerte.

Para tranquilizar a los limeños Bolívar nombró un tribunal de justicia especial para la investigación del crimen. Desgraciadamente los acusados cayeron en contradicciones en cuanto a las personas que los contrataron, por lo que el jurado no pudo responsabilizar a nadie. Las interferencias externas durante el juicio llevaron a Vidaurre, presidente de ese tribunal, a escribir al Libertador: *“Señor: una mano poderosa movió el puñal, yo lo hubiera descubierto si obrara por mí solo. El negro conducirá el secreto a la eternidad”*².

Ante este impasse el Libertador Simón Bolívar ordenó que los asesinos fueran llevados al Palacio de Gobierno para que a solas con él confesaran quién los había contratado para asesinar a Monteagudo. Lo extraño fue que luego de encerrarse con los delincuentes, Bolívar dijese que esta vez

dijeron la verdad y por ello indultó la pena a los criminales convictos y confesos de Monteagudo. Poco después los envió a Colombia³. El negro Espinosa, que fue el que asestó la certera puñalada al corazón, se fue con el grado de sargento. Bolívar nunca reveló los nombres de los asesinos intelectuales.

Dejando atrás la ola de rumores, investigaciones y especulaciones que persisten hasta nuestros días, debemos descartar de la lista de sospechosos a los españoles, españolistas y aristócratas⁴ porque Bolívar no hubiera tenido ningún reparo, más bien hubiera sentido cierta satisfacción en ponerles la mano encima. También hubiera castigado de algún modo al marido celoso, si es que ese rumor, creado más bien para distraer la atención, tuviese fundamento.

Eliminando a los españolistas y compañía, y a algún marido celoso, quedan otras posibilidades: que fuese alguien del entorno del Libertador, como Sánchez Carrión por la inquina mutua que tenía con Monteagudo, o algún colombiano que al encomendar el asesinato haya creído interpretar los deseos de Bolívar. O, también, por qué no, el mismo Libertador.

Tiene gran fuerza el argumento de los que dicen que no era el estilo de Bolívar eliminar de forma artera a sus enemigos. Que él, por su arrogancia, no hubiera recurrido a ello. Más bien los hubiera apresado, expatriado o fusilado, como hizo con el almirante Guisse, el sacerdote Luna Pizarro o el aristócrata Berindoaga, respectivamente. Estas razones, creemos, también eximirían a Sánchez Carrión, un hombre apasionado pero honesto y muy católico. Los mayores historiadores del Perú concuerdan en rechazar la acusación de Ricardo Palma sobre Sánchez Carrión. Fue un exceso especulativo del tradicionalista, dicen.

¿Cuál sería entonces el gesto u opinión de Bolívar para que alguno de sus serviles lacayos creyese hacer un favor al Libertador eliminando a Monteagudo? Mejor planteado: ¿qué hizo Monteagudo para enojar a Bolívar? Veamos ciertos

antecedentes: Monteagudo había regresado al Perú invitado por el Libertador como consejero para ayudarlo a entender y comprender la situación política y social del país. Su biógrafo argentino, Juan Pablo Echagüe, lo dice de esta manera:

(...) lo tiene por consejero utilizando su hondo conocimiento del país y de sus hombres, sus vastas vinculaciones intelectuales en todo el continente, su experiencia como administrador, su sagacidad de estadista, su talento de escritor. Colaborador en múltiples y eficacísimos recursos (...) en materia de diplomacia, de propaganda, de contra espionaje, de correspondencia con el movimiento revolucionario americano (...). Si Bolívar le encomienda una misión de reconocimiento a cualquier parte del territorio, Monteagudo le presenta un informe perspicaz, verídico y preciso, en el cual a las apreciaciones militares y topográficas, agrega otras sociológicas y políticas; llegando a veces hasta esbozar la psicología y los caracteres individuales que completan luminosamente su asesoramiento. Conecta así la situación interna del Perú con la internacional y al evaluar hombres y sucesos exteriores -directa o indirectamente relacionados con aquella- despeja incógnitas y señala rumbos.

Monteagudo era el hombre ideal para asesorar a un gobernante aún teniendo la mitad de las virtudes que su biógrafo le atribuye. Experiencia no le faltaba, desde joven fue un revolucionario. El tucumano se destacó en la universidad de Chuquisaca (entonces perteneciente al Virreinato de la Plata, ahora Bolivia), participó en la rebelión de esa ciudad y estuvo varias veces preso en manos de los realistas. Mas tarde representó a Mendoza en el Congreso Constituyente de Argentina; fue periodista en Buenos Aires y dirigió los periódicos “Mártir o Libre” y “El independiente”. Desde allí apoyó al Director Supremo, Manuel Alvear, su amigo y protector. A la caída de Alvear, huyó a Europa, luego regresó y se unió a San Martín en Chile, donde también participó en la redacción del Acta de Independencia. En el Perú fue más que

la mano derecha de San Martín, era el motor e inspirador de todas las reformas. Además de su excesiva participación en las medidas progresistas, fue fundador de la Sociedad Patriótica tanto en Argentina como en el Perú, inaugurando sus sesiones con encendidos discursos. También fundó la Biblioteca Nacional del Perú. Su carácter jacobino e “implacable”⁵ frente a los españoles le granjeó gran enemistad entre ellos y, lo que fue peor, entre los limeños que dudaban en romper con España. También se enemistó con los patriotas republicanos, que veían el plan monárquico de San Martín como una claudicación a la independencia y libertad. Ellos no vieron o no querían ver la posibilidad de que el Perú optase por una monarquía constitucional, tal como pretendió España con su efímera Constitución de 1812, donde el rey era una figura representativa de todos los ciudadanos, sin distingos de razas, religión o fuentes de ingreso, y donde el gobierno debía ser elegido democráticamente.

Sabemos que el Perú descartó la monarquía constitucional para escoger una ruta que los llevó al desastre. No sabremos nunca si la propuesta monárquica de Monteagudo hubiera tenido el mismo final a largo plazo. Manuel Burga, un historiador peruano comprometido con ideales progresistas, es decir nada reaccionario o de derechas, incluye, dentro de la respuesta que da a la pregunta “¿en qué momento se jodió el Perú”, lo siguiente⁶:

*Hubiera sido preferible el triunfo del monarquismo de Monteagudo, la conversión de los criollos en una nueva aristocracia nativa y la instalación de una monarquía constitucional. **Este proceso hubiera preparado, facilitado y legitimado la necesidad de una verdadera revolución en el siglo XIX**¹ que hubiera conducido a la creación de una república nacional, moderna, integrada y con justicia democrática.*

1 Las **negritas** de este texto son del autor de estas páginas.

La confusión entre una república criolla y la república nacional, el espejismo de las ilusiones que ocultaba las realidades, han sido nefastos y sus consecuencias más notables es la dramática encrucijada en que vivimos en la actualidad.

El pensamiento de Bernardo Monteagudo estaba lejano de las corrientes liberales propulsadas por Luna Pizarro y, en un tiempo, por Sánchez Carrión. No creía que el Perú necesitaba una democracia abierta o sin restricciones. Pero tampoco creía que una dictadura era la solución. Él expresa que su tarea en el gobierno de San Martín *“fue preparar la opinión del Perú a recibir un gobierno constitucional, que tenga todo el vigor necesario para mantener la independencia del Estado y consolidar el orden interior, sin que se pueda usurpar la libertad civil, que la constitución conceda al pueblo”*⁷.

Siempre tendrán actualidad los conceptos que tenía Monteagudo sobre la Libertad y la Tiranía, reproducimos algunos de ellos⁸ por encontrarlos imprescindibles para comprender su pensamiento:

*-Yo empiezo a dejar de ser libre si veo con indiferencia que un perverso oprime o se dispone a tiranizar al más infeliz de mis conciudadanos: su opresión reclama mis esfuerzos; e insensiblemente abro brecha a mi Libertad si permito que quede impune por la violencia que padece. **Luego que su opresor triunfe por la primera vez, él se acostumbrará a la usurpación; con el tiempo formará un sistema de tiranía, y sobre las ruinas de la Libertad pública elevará un altar terrible, delante del cual vendrán a postrar la rodilla cuantos haya recibido de sus manos las cadenas.***

- La existencia de un solo siervo en el estado más libre, basta para marchitar la idea de su grandeza.

- Americanos, en vano declamaréis contra la tiranía si contribuíis o toleráis la opresión y servidumbre de los que tienen igual derecho

que nosotros: sabed que no es menos tirano el que usurpa la soberanía de un pueblo, que el que defrauda los derechos de un solo hombre.

- Si alguno cree que porque preside la suerte de los demás, o porque ciñe la espada que el estado le confirió para su defensa, goza mayor Libertad que el resto de los hombres, se engaña mucho, y este solo delirio es un atentado contra el pacto social.

- Toda constitución que no lleve el sello de la voluntad general, es injusta y tiránica: no hay razón, no hay pretexto, no hay circunstancia que la autorice.

- Juro por la patria, que nunca seré cómplice con mi silencio en el menor acto de tiranía.

Monteagudo puede parecer contradictorio, era monárquico pero constitucional, no creía en la democracia liberal ni en la república, pero sí en la igualdad de las razas y en el valor de la educación. Decía: “*es necesario concluir: las relaciones que existen entre amos y esclavos, entre razas que se detestan y entre hombres que forman tantas subdivisiones sociales, son enteramente incomprensibles con las ideas democráticas*”⁹.

Monteagudo propuso “*fomentar la instrucción pública y remover los obstáculos que la retardan*” Decía: “*Yo creo que el mejor modo de ser liberal y el único que puede servir de garantía a las nuevas instituciones que se adopten, es colocar la presente generación a nivel con su siglo y unirla al mundo ilustrado por medio de las ideas y pensamientos, que hasta aquí han sido prohibidos.*

El bagaje intelectual de Bernardo Monteagudo estaba por encima de sus coetáneos, Bolívar lo dijo¹⁰ poco antes de venir al Perú:

Monteagudo tiene un gran tono diplomático y sabe en esto más que otros. Tiene mucho carácter, es muy firme, constante y fiel a sus compromisos. Está aborrecido en el Perú por haber pretendido una monarquía constitucional, por su adhesión a San Martín, por sus reformas precipitadas y por su tono altanero cuando mandaba

(...) añadiré francamente que Monteagudo conmigo puede ser un hombre infinitamente útil.

Efectivamente, Monteagudo era altanero, y fiel a sus ideas. En la furia victoriosa de Bolívar, mientras que otros se inclinaban obsecuentes hacia él, Monteagudo mantuvo una dignidad insobornable. Hay una anécdota¹¹ que retrata de cuerpo entero su talante independiente.

Pintando la arrogancia de Bolívar y su propensión a humillar a los que lo rodeaban, dice [el narrador] que una noche entró el Libertador, acompañado de Monteagudo, en un salón de baile, y que, al quitarse el sombrero, lo pasó para que éste lo recibiera. El altivo Monteagudo se hizo el remolón y, volviendo la cara hacia el grupo de acompañantes, gritó: “Un criado que reciba el sombrero de su excelencia”.

La atracción de Bolívar, la confianza que irradiaba, hizo posible que dos acérrimos enemigos entre sí, como eran Monteagudo y Sánchez Carrión, aceptasen trabajar de buen grado para él. Eso mientras había un enemigo mayor, los españoles. Desaparecidos éstos, ya no estaba tan claro que la forzosa paz entre el mestizo argentino y el criollo peruano tuviera posibilidades de sobrevivir.

Es curioso el hecho de que la inquina de la sociedad limeña contra el mestizo Monteagudo haya perdurado en los historiadores peruanos, los que sin sustentar acusaciones, más propias de conversaciones frívolas y burguesas, dan por hecho descalificaciones que ocultan el resentimiento por el desenfado con que Monteagudo actuaba en un medio clasista y conservador. Así, Basadre dice que dentro de las razones por las que fue deportado, cuando era ministro de San Martín, estaba la de “costumbres libertinas”¹². Otro miembro de la Academia Nacional de Historia escribe que junto a la innegable lucidez, Monteagudo tenía debilidades psicológicas

como “inescrupulosidad, concupiscencia del poder, sibaritismo, ostentación, insolencia, **y acaso inconfesables y muy hondos resentimientos**”¹³.

No creemos que esas acusaciones ni la indudable altanería y dignidad de Monteagudo, pudiesen haber llevado a Bolívar a desear la muerte de su consejero. Tampoco creemos que fuesen celos, Bolívar no podía tener celos de ningún mortal. Además, a pesar de la fama de mujeriego de Monteagudo, éste no era tonto ni ella infiel al Libertador, su ídolo. Existió entre Manuelita Sáenz y Monteagudo una gran amistad, tenían mucho en común, tal como escribió el miembro de la Academia de Historia de Argentina, Juan Pablo Echagüe¹⁴, aunque por sibilina no compartimos con él la insinuación gratuita remarcada en negritas:

*“[Ella] se entendía muy bien con Monteagudo, a quien asemeja por lo cáustico del espíritu y lo picaresco de la expresión. (...) En el espíritu enérgico de mujer tal encontró el de Bernardo Monteagudo resonancias afines; y acercados ambos no sólo por las circunstancias de convivencia ocasional, sino también por un pensar análogos, **se ligaron lazos de amistad acaso no íntima, pero seguramente firme y efusiva.** Las opiniones de Manuelita y Monteagudo debieron gravitar no poco sobre las de Bolívar, quien se divertía con las derrotas que aquella alianza dialéctica solía infligirles a los otros contertulios, en frecuentes y regocijados debates provocados por él mismo.*

Había algo más profundo y probable que celos o resentimiento. Terminada la lucha contra los españoles, Monteagudo recomendó a Bolívar regresar a su país y dejar el Perú en manos de peruanos; eso debe de haber sido a las pocas semanas del triunfo de Ayacucho. El biógrafo Echagüe lo relata¹⁵ de esta manera:

(...) la misión libertadora está ya virtualmente terminada en el Perú. Se lo dice [Monteagudo] a Bolívar, pero éste no lo entiende

así; a sus ojos falta aún la organización del país y quiere ser él quien la lleve a cabo.

Monteagudo insiste:

- La organización interna de una nación es tarea larga y espinosa, general, y le corresponde a los nativos. ¡Deje usted el Perú! Vamos a preparar en Colombia, en el Istmo o en otra parte, una magna asamblea de las naciones libres...

Monteagudo, que estaba preparando la Conferencia de Panamá, donde se invitaría a las naciones libres de toda América a discutir el futuro del continente, escribió con este propósito el libro “Ensayo sobre la Confederación Americana”. De esta manera este argentino (Tucumán, 1786), pero indudablemente peruano de corazón y de espíritu, fue uno de los precursores de lo que un siglo después se llamó la Organización de Estados Americanos, OEA.

Monteagudo, pues, fue un colaborador eficaz durante la etapa en la que Bolívar luchó por la independencia del Perú. No fue colaboracionista del “Bolívar dictador” sino consejero del “Bolívar libertador”. Por otro lado no sería especular demasiado que su recomendación para que Bolívar deje el Perú le hubiera costado la vida.

El asesinato de este mestizo (su padre era español y su madre¹⁶ de marcados rasgos indígenas) se consumó el 28 de enero de 1825, tenía 39 años.

Un compatriota suyo hizo un retrato de este mestizo rebelde, agresivo, pero indudablemente patriota:

Llevaba el gesto siempre severo y preocupado, la cabeza algo inclinada al pecho, pero la espalda y los hombros tiesos. Tenía tez morena y un tanto biliosa, el cabello renegrido y ondulado y la frente espaciosa y de una curva delicada, los ojos negros y grandes por la concentración natural y muy poco curiosos. El óvalo de la cara agudo, la barba pronunciada, el labio grueso y rosado, la boca firme. Era casi alto, de formas espigadas, la mano preciosa,

*la pierna larga y admirablemente torneada, el pie correcto como el de un árabe. Sabía que era hermoso y sentía orgullo en esto como en sus talentos.*¹⁷

FUENTES HISTÓRICAS

- 1 Basadre, ob. cit. p. 62
- 2 Ídem.
- 3 Fueron enviados a Chagres, Jorge Basadre. Ídem.
- 4 Varias fuentes, entre ellas: Basadre, ob. cit. y Dávalos y Lisson.
- 5 “*Fue implacable con los colonialistas que en Lima conspiraban a favor del enemigo; esto le granjeó algunos enemigos irreconciliables*”, Virgilio Roel, *HISTORIA GENERAL DEL PERÚ*, Lima, 1988, p. 319.
- 6 Manuel Burga y otros. *EN QUÉ MOMENTO SE JODIÓ EL PERÚ*. Editorial Milla Batres, Lima 1990, p 83.
- 7 Juan Pablo Echagüe, *HISTORIA DE MONTEAGUDO*, Espasa Calpe. Academia Nacional de Historia, Buenos Aires, 1949. p. 191.
- 8 Bernardo Monteagudo, *OBSERVACIONES DIDÁCTICAS*. Reproducidas por Juan Pablo Echagüe, ob. cit.
- 9 Las citas de este y el siguiente párrafo fueron tomadas de Juan Pablo Echagüe, *ob.cit.* p. 190.
- 10 Basadre, ob. cit. p. 63
- 11 Ricardo Palma, *TRADICIONES PERUANAS COMPLETAS*. Aguilar, Sexta Edición, Madrid, 1968, p. 1017.

- 12 Basadre, ob. cit. p. 19.
- 13 César Pacheco Vélez, *LA SOCIEDAD PATRIÓTICA DE LIMA*, Separata del Tomo de Discursos, Comisión del Sesquicentenario de la Independencia del Perú. Lima 1973, p. 17.
- 14 Juan Pablo Echagüe, ob. cit. p.136.
- 15 Juan Pablo Echagüe, ob. cit. p. 139.
- 16 “La piel de su torso es tostada (...) clavando la mirada en los ojos negros y mejillas sombreadas de su madre, le pregunta con inocente y angustiada timidez: Madre, ¿es cierto que es usted chola? ¿Por qué me dicen a mí mestizo?”. Juan Pablo Echagüe, ob. cit. p. 21.
- 17 C, Galván Moreno. *MONTEAGUDO: MINISTRO Y CONSEJERO DE SAN MARTÍN*. Editorial Claridad. Buenos Aires, 1950

